

**BIBLIOTECA**

157

**DRAMÁTICA.**

**COLECCION DE COMEDIAS**

**REPRESENTADAS CON ÉXITO**

**EN LOS TEATROS**

**DE MADRID.**







# ACHAQUES Á LOS VICIOS.

Comedia en tres actos original de D. Manuel Breton de los Herreros, representada por primera vez en Sevilla el año 1830.

## PERSONAS.

DOÑA ANA. D. JUSTO.  
DOÑA GERÓNIMA. D. CIPRIANO.  
TERESA. D. FERMIN.  
D. ESTÉBAN. COSME.  
D. DIEGO. UN COMISARIO.

JUGADORES.—CRIADOS.—LA RONDA DE POLICÍA.

La escena es en Madrid en casa de don Estéban. Sala con varias puertas que conducen á otras habitaciones.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA, DON ESTÉBAN.

Est. ¿Con que ustedes no acaban de conocer que es imposible sostener este gasto? ¿Tengo yo alguna mina? ¡Fuerte cosa es que aún no quieran ustedes desterrar esa vanidad tan criminal como ridícula que dará muy pronto con todos nosotros en el hospital!

Ger. Eso no ha de entenderse conmigo. Yo procuro que nada supérfluo se gaste en casa. ¡Jesus! Sería un cargo de conciencia... Y en cuanto á mí, no hay que decir. Desde que padecí aquella terrible gastro-enteritis que me puso á las puertas de la muerte, un humilde hábito de Santa Teresa de Jesus y una mantillita de tafetan son todo mi ajuar. Tu mujer...

Est. Mi mujer no quiere privarse de las modas y sabe muy bien que ya le es imposible seguirlas. Sólo en guantes y cintajos consume lo que sobra para alimentar á una familia.

Ana. Yo no estoy acostumbrada á miserias, hijo mio.

Est. Peor para tí; porque así te serán más sensibles las que te amenazan. Cuando no hay moderacion; cuando se estira la pierna más de lo que permite la sábana; cuando no se piensa en mañana...

Ger. Esa no es incumbencia de las mujeres. El que se casa ha de ver cómo cumple con los deberes que se impone. Si tú no sabes ser padre de familias, ten paciencia.

Est. ¿Y es obligacion mia quedarme por puertas por saciar la golosina de usted? ¿Es obligacion mia matar el hambre á esa plaga de parásitos que convida usted todos los dias porque tienen la condescendencia de adularla?

Ger. ¡Pues me gusta! ¿Quieres reducirme á un triste puchero? ¿A lo que se llama sota, caballo y rey? ¿Qué baja-za! Mientras una pueda ¿por qué no ha de comer bien? Acaso se saca otra cosa de este mundo miserable?

Est. Pero usted, que la echa de santurrona, ¿ignora que la gula es uno de los siete pecados capitales?

Ger. No parece sino que yo me estoy atracando siempre como una bestia.

Est. Lo cierto es que aún no se cura usted de un cólico cuando empieza á quejarse de otro, y me gasta usted en botica lo poco que me perdona en la plaza.

Ger. ¡Cómo ha de ser! ¡Harto trabajo tengo en ser delicada de estómago!

Est. Pues para eso no hay un remedio más eficaz que la dieta.

Ana. ¿Quieres dejar esa conversacion? ¡Qué fastidio! Cualquiera que nos oyese...

Ger. Y en suma, ¿qué lujo ni qué profusion se observa en nuestra mesa? Todo se reduce á tener de cuando en cuando tres ó cuatro convidados, gente cristiana y moderada que se contenta con media docena de principios.

Est. Mi casa parece una fonda.

Ger. Pues nada se desperdicia, porque todos los dias viene el mudito á llevarse lo que sobra.

Est. ¡Lástima fuera que habiendo pobres á quienes socorrer, se tirase al basurero lo que sobra! Pero el caso es que mis facultades no permiten que sobre nada; y la caridad bien ordenada...

Ger. Pues hijo mio, así me he criado y así he de morir.

Ana. Yo bien sé por qué gruñes tanto de algunos dias á esta parte. Ese filosofon de don Justo no cesa de meter cizaña. ¡Bien paga el hospedaje que le damos! El es quien te indispona con nosotras.

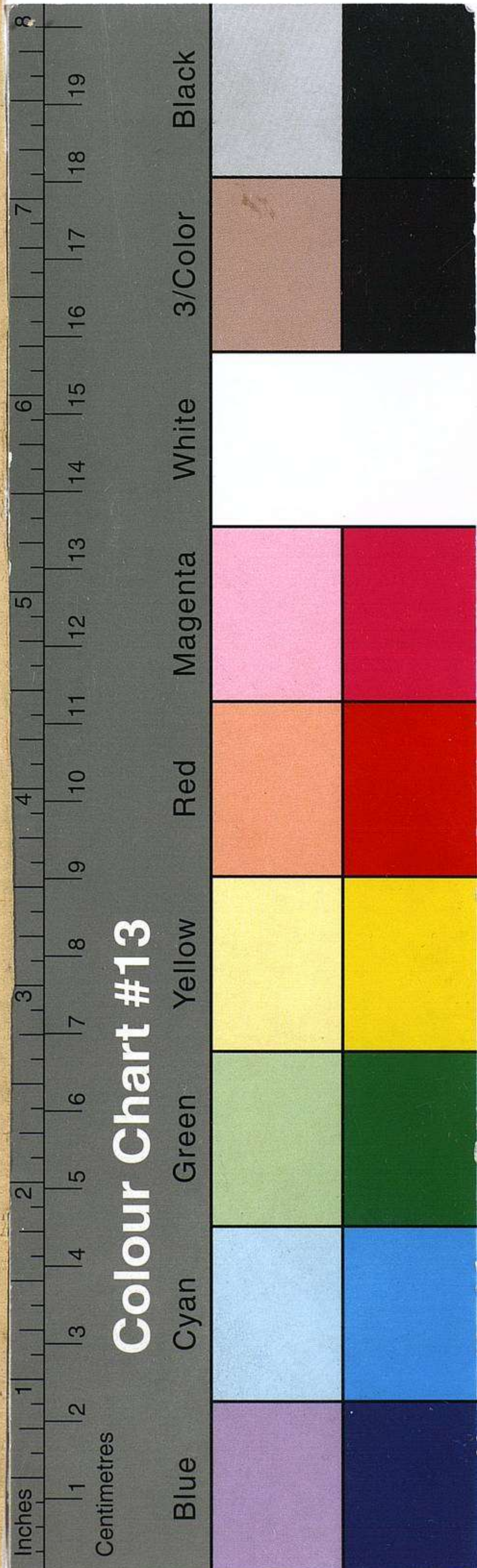
Est. Don Justo es hombre de bien y me da muy buenos consejos.

Ana. ¿Se reducen á que mortifiques á tu mujer y ultrajes á su madre? Ese hombre tan rígido y virtuoso, ¿aprueba que tu te juegues hasta la camisa, sin acordarte de que tienes una esposa y tres hijos que mantener?

Est. No; pero hay una gran diferencia... Yo juego... Yo juego... por recurso.

Ana. Pues yo visto con lujo y asisto á los bailes y á la ópera... por no ser menos que otras de mi clase.

Ger. Y yo soy espléndida en la mesa por inclinacion y por costumbre.



Colour Chart #13

EST. Yo no he podido hacer más que empobrecerme por dar á ustedes gusto. En tal situación no me queda otro arbitrio que probar fortuna jugando. Si no siempre me salen las cuentas... ¿cómo lo he de remediar?... ¡El gasto es tan excesivo!... Ya no se encuentra quien preste un duro... He procurado adquirir un empleo; pero ni he contraído méritos para que me lo den..., ni tengo habilidad para pretender. Yo soy el hombre más condescendiente del mundo; pero así como me repugna bostezar en las antesalas, me sentaría muy mal que mi mujer fuese obsequiada en los gabinetes. Mi educación y mis sentimientos me prohíben recurrir á otros medios con que tantas gentes aseguran la pitanza. Yo no soy farole-ro, ni petardista, ni soplón... En fin, no hay remedio. Es preciso jugar.

ANA. ¡Cómo tienes tan buena suerte! Más dinero te has dejado en la maldita bayeta...

EST. No, mujer. Apuntando me va mal por lo regular; pero cuando tallo... Antes de ayer gané quince duros.

ANA. Para eso ayer mañana perdiste tres onzas.

EST. Ya querrá Dios que me desquite y... Vaya! No me muelas. ¡Son las once... Hoy está la partida en casa; porque, como tenemos que andar á salto de mata... Voy corriendo á la calle Ancha de San Bernardo á ver si aquel infernal prendero me da siquiera cuatro mil reales por las alhajas y efectos que tenemos en ajuste. Con esta suma me podré bandear mejor. El dinero llama dinero. Estos días he perdido por llevar poco. Ya se ve; á los seis albures se queda uno sin blanca, y aunque luego esté de suerte... Mira: si vienen algunos amigos antes que yo vuelva, que entren en el gabinete y me esperen... Oyes, Anita; no des mucha conversacion á don Diego. Yo no soy celoso; pero...

ANA. ¿Esas tenemos también? ¿No podré dar los buenos días á un hombre sin que creas que es mi cortejo? Es un amigo que me estima, me acompaña.

EST. Pues eso es lo que no me gusta á mí.

ANA. ¿Es posible que formes tan mal concepto de tu mujer? ¿Te he dado yo motivo...

GER. ¡Qué crueldad! ¡Prohibir á su mujer que trate con las gentes! ¡Obligarle á que sea una grosera! ¡No permitirle siquiera un amigo! ¿Se haría esto en Constantinopla?

EST. No es eso, señora; sino...

GER. ¡Hija de mis entrañas!... Mira, mira cómo llora. Tú la quieres matar á pesadumbres.

EST. Señora, déjeme usted por Dios. ¿A qué se mete usted en lo que no le importa? Vaya, Anita; no te enojés. No ha sido mi intencion ofenderte; haz cuenta que no he dicho nada. Tu virtud me tranquiliza. Adios, pronto vuelvo.

## ESCENA II.

DOÑA GERÓNIMA, DOÑA ANA.

ANA. ¡Pobre Estéban! ¡Me quiere tanto!... Pero es preciso que no sea tan regañón; porque lo pasaremos mal. ¡Mire usted qué delito tan grande el ser amiga de la moda y de las diversiones! Peor es jugar, y jugar con tan poca conducta... Lo que yo puedo gastar en un mes es capaz él de perderlo en media hora. En cuanto á don Diego, yo sé muy bien lo que me hago.

GER. Por supuesto. Chica, tú haz lo que te dé la gana, y más que grite y se desespere. Gasta y triunfa como haré yo, y ya que se queme la casa calentémonos en ella. Yo voy á San Luis á oír un par de misas. Al momento volveré, porque antes que se ponga Estéban á jugar, quiero traerle á la memoria que mañana es mi cumpleaños, y es preciso celebrarlo á toda costa. ¡Jesus!... No sé qué tengo... Los calamares de anoche no me han sentado muy bien.

ANA. ¿Está usted mala?

GER. No; no es cosa de cuidado. Yo creo que esto es debilidad, porque los calamares, ¿qué daño me han de haber hecho? Es verdad que cargué bien la mano. ¡Como que es mi plato favorito! Pero desde anoche acá... Vámonos, lo que yo digo, debilidad. Hoy sólo he tomado cuatro tostadas de manteca con el chocolate...

ANA. Sí; y á las nueve se comió usted un plato de menudillos.

GER. Pues, mira; estoy lo mismo que si no me hubiera desayunado. A bien que para ir á la iglesia tengo que pasar por casa de doña Brígida y allí tomaré unos bizcochitos y una copa de pajarete; y á la vuelta ya me tendrán preparada mi taza de sopas de gato con un par de yemas, por si acaso comemos tarde. Hasta luego. No me olvidaré de encomendarte á Dios.

## ESCENA III.

DOÑA ANA.

¡Pues ha dado en buena gracia mi marido! Ahora la ha tomado con el pobre don Diego, despues que él se pasa todos los días y muchas noches enteras entre tahures que le están saqueando, sin acordarse de que su mujer es jóven y... Vamos, no sin razon dice mi amiga la brigadiera que soy demasiado virtuosa. ¿Si pensará mi marido que yo amo á don Diego?... Aunque me gusta su trato y no me pesa de verme obsequiada por un elegante, ni por él ni por ninguno faltaré á los deberes de mi estado. Poco me costaría despedirle; pero por lo mismo... Teresa.

## ESCENA IV.

DOÑA ANA, TERESA.

TER. Mande usted, señorita.

ANA. Si viene don Diego, llámame: si los otros caballeros preguntan por mí, díles que estoy ocupada.

## ESCENA V.

TERESA.

¡Qué bien hace mi señorita en preferir á don Diego! El amo es una buena figura y está muerto por ella; pero desde que se ha echado á jugador... Oh! Don Diego es un gallardo mozo, muy fino, y sobre todo muy garboso con las criadas. Hago bien en protegerle. ¡Pero este maula de Cosme, sin haber puesto el tapete y las barajas! ¡Cosme! A otra puerta. Tiene una cachaza... Cosme!

## ESCENA VI.

TERESA, COSME.

Cos. ¿Qué se ofrece? (*Bostezando.*)

TER. ¡Eso es! Con calma: no sea que te quiebres. ¿Estabas durmiendo la mona?

Cos. Mujer, no sé qué tengo por las mañanas. Me entra un sueño... (*Bostezando.*) Una galbana...

TER. Sí; el aguardiente que bebes cuando vas á comprar.

Cos. Hoy no he bebido más que tres copas.

TER. Galopin!

Cos. No me insultes, Teresilla. Tengamos la fiesta en paz.

TER. ¡Tunante!

Cos. Mira que te lleno la cara de dedos.

TER. ¡Bribon! Con ese respeto me tratas.

Cos. ¿Respeto á una puerca como tú?...

TER. ¡Borrachon! ¡Pellejo!

Cos. ¿Cómo se entiende? ¿Á mí borracho?

TER. Sí; borracho y sison.

Cos. Y tú eres una desollada, una... Dios me tenga de su mano.

TER. Se lo he de decir al amo.

Cos. Yo tambien le diré quién eres.

TER. Pues bueno.

Cos. Pues bueno.

TER. ¿Te parece que no sé tus mañas y los pasos en que andas? Tu amigo Martin me lo cuenta todo.

Cos. Bien; quiere decir que los dos saltaremos de casa.

TER. Si yo salto, será sin motivo.

Cos. Vamos, no me hagas hablar... ¿Sabes lo que digo?

TER. ¿Qué?

Cos. Que somos unos mentecatos en estar siempre regañando, cuando debíamos ser uña y carne. No conocemos nuestros verdaderos intereses. ¿Querrás privarte por una tema de los regalos de don Diego? ¿Quieres que yo pierda el tesoro que me ofrece la glotonería de doña Gerónima y la indolencia de su yerno? ¡Valientes tontos seríamos!

TER. Casi, casi tienes razon.

Cos. ¡Cómo si la tengo! Chica, esta casa está en desórden y es menester sacar de ella todo el provecho posible. Eso menos se lleva el diablo. Vaya, ¿serémos amigos?

TER. Sí; porque conozco que nos conviene. Pero te has de desdecir de las injurias que me has dicho... y de las que has tenido en la punta de la lengua.

Cos. Bueno; me desdigo. Vengan esos cinco.

TER. Toma. ¿Volverás á quemarme la sangre con tu risita falsa?

Cos. No. Pero cuando conozcas que estoy achispado, no me lo digas; porque en tocándome al honor me mataré con mi padre.

TER. Los jugadores van á venir y tú te estás con esa calma. Anda á poner el tapete y arreglar todo aquello. Despáchate.

Cos. Si yo me emborracho alguna vez, bien sabe Dios que es sin intencion.

ESCENA VII.

DON CIPRIANO, DON FERMIN, TERESA.

FER. ¿Ha venido la gente?

TER. Aún no ha parecido ninguno.

CIP. ¿Y tu amo?

TER. Ha salido: no tardará en volver. Pasen ustedes al gabinete si gustan.

ESCENA VIII.

DON CIPRIANO, DON FERMIN.

FER. ¿Compusiste aquellas barajas?

CIP. ¿Quién pregunta eso? Vengo muy bien prevenido. (Va sacando barajas.) Si él talla se cambian con mucha sutileza las suyas con estas dos que tienen los treses y los sietes marcados. Si tallamos nosotros, aquí hay otras dos con el pego... porque lo que es á este babieca bien podemos echarle el tigre sin comprometernos. Si por casualidad se escama; tiron y derecha... Verás; verás como le desplumamos. Hoy truena para siempre.

FER. Si; pronto dará fin de los tres ó cuatro mil reales que espera recibir hoy, malvendiendo lo poco que le queda.

CIP. (Guarda las barajas.) Chico, no hay carrera en el mundo como la nuestra. Es muy socorrido esto de vivir á costa de los primos. Hombre hay que se está hilando los sesos todo el año esclavo de un bufete para ganar quinientos ó seiscientos ducados miserables, y nosotros los adquirimos en una mañana sin más que verlas venir. Confieso que en un principio no dejaba yo de tener algunos remordimientos; pero ya me he habituado tanto á esta profesion que la ejerzo con la mayor

tranquilidad: como con apetito, duermo á pierna suelta y ronco lo mismo que un aguador.

FER. Lo demás seria una locura. Nuestro ejercicio es un ramo de industria como cualquiera otro.

CIP. Claro está. Dios reparte sus dones á los mortales como le place. Si á mí me ha dispensado la gracia de ser un griego sapientísimo, por qué no me he de aprovechar de ella?

FER. Harto caro me ha costado el perfeccionarme en el arte. Solo, libre, dueño de una herencia considerable, y educado en el fausto y la disipacion, corria en mi primera juventud de garito en garito, de encerrona en encerrona. ¡En dos años dí cuenta de todo lo que poseia! Quedé casi sin advertirlo, tal fué la precipitacion de mi ruina, hecho un poste en medio del bullicio del mundo con las mismas pasiones, la misma propension á los placeres, á la dulce ociosidad, y sin una peseta. En tal situacion ¿qué recurso le quedaba á un hombre de mi temple? Buscarme la vida en la misma bayeta que absorbió mi patrimonio. Principié mi nueva carrera siendo un infeliz orejero, pidiendo armaduras, adulando á todo el mundo, apuntando de salivilla, haciendo rifas y levantando muertos. Ascendí despues al grado de gurupié y banquero de alquiler y espía doble. Por último, tú y otros cofrades me iniciásteis en vuestros ricos secretos, y me he dado tan buena maña que no me cambio ya por el más insigne fullero. Yo tengo un derecho incontestable á recobrar lo perdido, y mientras no haga otra cosa, nadie tiene por qué reconvenirme. ¿Es cosa de renunciar á una ciencia que he aprendido á costa de tanto dinero, tantas vigiliass, tantas humillaciones y tantas candeleraos?

CIP. Yo es verdad que no he perdido una suma considerable en el juego; pero mi padre no conoció más oficio ni beneficio que los naipes. Ellos le proporcionaron una vida cómoda y descansada, y no podia manifestarme mejor su ternura que haciéndome partícipe de su habilidad. Yo, que no tengo nada de lerdo, hice desde luego rápidos progresos, y apenas me apuntaba el bozo cuando ya me hacian el honor de asociarme á sus intrigas los primeros cucos de la córte. ¿Qué culpa tengo yo de que mi padre no me haya educado para coronel, intendente ó dean? Por otra parte, ¿cómo he de remediar yo que haya jóvenes libertinos y disipadores? Si yo fuese tan mentecato que rehusase aliviar sus bolsillos del peso del dinero que tan insoportable les parece, otro menos escrupuloso se aprovecharia de su locura y se reiria de mí á boca llena.

FER. Ellos se tienen la culpa... Y de cualquier modo... nadie les pone un puñal al pecho para que jueguen. Lo cierto es que nosotros todavía no hemos fundado ningun mayorazgo.

CIP. Ni deja de tener sus quiebras nuestro oficio. Porque, al fin, ¿quién nos asegura que será invariable nuestra felicidad? Si nos averiguan la vida...

FER. Si nos echan el guante...

CIP. ¡Oh! Ya no nos será fácil salir del paso á costa de una multa, porque va de muchas, y despues de tantos años de impunidad, no seria muy extraño que nos diesen en Ceuta la jubilacion.

FER. ¡Eh! ¿Quién piensa tan tristemente? ¿Somos algunos facinerosos?

CIP. Como de esas injusticias se están viendo. Si yo te contase... De tí bien puedo hacer confianza. Has de saber que he estado ya en camino de presidio... Hará unos dos años... Es largo de contar. En la fonda sabrás toda la historia.

FER. Eh! Muchachadas. Vamos, vamos á dentro: echarémos un golfo mientras viene don Estéban... De buena fe, por supuesto; porque entre nosotros...

CIP. Oh! Ya se sabe. Un lobo á otro no se muerden.

FER. Ea, pues, vamos; y no hay que entristecerse. Se podrá decir que las *enfullamos...*, pero fuera del tapete somos hombres de bien.

CIP. Por mi parte lo soy hasta el hueso y... No hay que darle vueltas; aun en el juego... Vamos, siempre es un mérito el ser industrioso; sabérsela buscar... Sino que han dado en la manía de llamar delito á lo que en realidad es una mera especulacion... Pues, una... Desengañémonos: mientras el mundo sea mundo, los hombres de ingenio se verán desairados y perseguidos.

(*Entran en el gabinete y Cosme sale al mismo tiempo.*)

### ESCENA IX.

COSME.

¡Digo, digo! ¡Qué par de lagartos! ¡Siempre dije yo que serian los más puntuales! ¡Pobre dinero de mi amo!.. Y lo peor es que no estamos muy seguros con semejantes huéspedes. Si la policía lo llega á oler...

### ESCENA X.

COSME, DON ESTÉBAN, VARIOS JUGADORES.

EST. Entren ustedes en el gabinete, que yo voy al instante. (*Entran los jugadores en el gabinete.*) Anita! Anita! Llámala, Cosme.

COS. Voy corriendo... Aquí la tiene usted.

### ESCENA XI.

DON ESTÉBAN, DOÑA ANA.

EST. Vaya mujer, no hay que apurarse. El corazon me anuncia que mi suerte se va á mejorar. Traigo dinero fresco y un ánimo decidido de pelear á todo el mundo. No me he olvidado de tí: toma. Ahí tienes un palco para la ópera; y si me sopla la musa como espero...

ANA. Mil gracias, querido Estéban; pero el caso es que necesito con urgencia dos onzas, y te estaba esperando para pedírtelas.

EST. ¡Dos onzas! ¿Para qué las quieres?

ANA. Par dárselas á la modista. Ayer tarde me trajo la cuenta y aún no la he satisfecho.

EST. Bien: no es puñalada de pícaro... Que espere. Hay tantas cosas á que atender...

ANA. No, no: es preciso pagarle al momento. Mi honor está comprometido.

EST. Pero, ¡qué furor de gastar! ¡Qué modo de apurarlo á uno!.. Hija hoy no puede ser.

ANA. Ese es el cariño, esa es la consideracion que te merezco. ¿Es primero tu vicio que mi reputacion?

EST. Déjame, déjame ahora... Ya me están esperando.... Las primeras dos onzas que gane son para tí.

ANA. Si no las he de ver hasta que tú las ganes... Vamos; no me hagas rabiar. Dámelas.

EST. ¿No te he dicho que no puedo? Tambien es mucho porfiar.

ANA. Con que, ¿no me las das; eh?

EST. Ahora no. Verémos si tengo yo teson una vez con mi familia. ¡Carániba! No seamos tan calvos que se nos vean los sesos.

ANA. Pues bien; te pesará.

EST. ¿Qué quieres decir con eso?

ANA. Yo tendré muy pronto las dos onzas.

EST. ¡Anita!

ANA. No faltará un amigo que me las dé, y...

EST. ¿Estás endemoniada?

ANA. Tú te arrepentirás de haber sido cicatero conmigo.

EST. Toma, toma, mujer. ¿Quieres más? El diablo que resista una amenaza tan terrible!

ANA. Vaya, dejemos las bromas. ¡Si supieras cuánto agradezco esta fineza!.. Tranquilízate, mi querido Estéban. Ya sabes que tu esposa te ama.

EST. Pero, si no te hubiera dado las dos onzas, estabas resuelta...

ANA. Calla hombre, no seas tonto. ¿Quién hace caso de una mujer acalorada?.. Anda, anda á jugar. Así tuvieras tu dinero tan seguro entre las garduñas que te están esperando, como la ternura y la fidelidad de tu mujer!

CIP. (*A la puerta del gabinete.*) ¿Acaba usted de venir, don Estéban? La mañana se pasa miserablemente. Si no viene usted voy á tallar.

EST. No, yo tallo, yo tallo. Vamos...

CIP. El hombre ha de ser activo, laborioso... No hay cosa más reprehensible que la ociosidad.

### ESCENA XII.

DOÑA ANA.

Pobre Estéban! Le ciega el amor que tiene á su familia!— Teresa!

### ESCENA XIII.

DOÑA ANA, TERESA.

TER. ¿Qué manda usted?

ANA. Toma estas dos onzas. Ve corriendo á casa de la modista y dáselas. El pico que sobra para tí. ¡Cuánto me alegro de cumplir pronto con ella! Bien puede una sin rubor estar entrampada, con la tienda, con la carnicería, con el casero, porque otras de más campanillas lo están; pero con la modista... ¡Qué afrenta!

TER. Tiene usted razon. Voy volando.

### ESCENA XIV.

DOÑA ANA, DON DIEGO.

ANA. ¡Oh! Ya no vuelvo á comprarme ni un pañuelo. ¡Demasiado ha hecho el infeliz estando con el agua hasta el cuello! No quiero abusar más de su bondad.

DIE. (*Entrando.*) Felices dias, amable Anita. ¿Ha pasado usted bien la noche?

ANA. Sí, señor.

DIE. ¡Qué seriedad! ¿Está usted enojada conmigo?

ANA. Y con justo motivo. Usted sin duda ha hecho conversacion con sus amigos de nuestra amistad y le ha dado más importancia de la que tiene.

DIE. ¿Me cree usted capaz?...

ANA. No será usted el primero que se da tono en los cafés aparentando tener partido con las señoras á expensas de su reputacion.

DIE. Pero, Anita, ¿qué cavilacion es esa? ¿Qué motivos tiene usted para pensar tan mal de mí? No puedo ocultar á usted que me inspira el más vivo interés. No obstante, yo podré como hombre tener mis flaquezas; pero la opinion de una señora es muy sagrada para mí.

ANA. Lo cierto es que mi marido está celoso.

DIE. ¡Celoso! ¿Ahora há dado en esa gracia? Pobre hombre! Dígame usted que eso es de mal tono.

ANA. Toma muy á mal que usted me visite con tanta frecuencia.

DIE. ¿Qué apostamos á que antes de diez minutos me tiene por su mayor amigo? ¡Tonto de mí! Yo, que sé muy bien el pié de que cojea, debía haber dado este paso mucho antes.

ANA. ¿Qué va usted á hacer?

DIE. ¿Está tallando?

ANA. Sí, señor.

DIE. Pues bien; todo se reduce á dejarme ganar cuatro ó

seis medallas... Ya me habia retirado del juego; pero la paz de un matrimonio exige de mí este pequeño sacrificio. Pronto vuelvo. Para perder el dinero poco es menester estudiar.

ESCENA XV.

DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA.

GER. Jesus qué cansada vengo. Dios me lo tome en descargo de mis culpas (*Mirando hacia el gabinete.*) Cómo! Ya está armado el garito... ¡Que me haya descuidado tanto! Tal vez será ya tarde... Mujer, ¿por qué no avisarme?... ¡Y mi convite de mañana? No, no, antes que acaben de desbancarle... ¡Estéban! ¡Estéban! (*A la puerta del gabinete.*) Ven.—No importa.—Sí; muy urgente.—Pronto despachas.

ESCENA XVI.

DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA, DON ESTÉBAN.

EST. Vamos; ¿qué quiere usted? Venirle á uno á incomodar cuando!..

GER. ¿Te has olvidado de que mañana es mi cumpleaños?

EST. (*Con impaciencia, dirigiéndose al gabinete.*) Bien; ya lo sé... Déjeme usted... Se celebrará, se celebrará.

GER. Espera, hombre... ¡Qué afán de jugar! ¿Cómo te tratan?

EST. De pocos momentos á esta parte muy bien. Ya estaba casi desbancado del primer fondo, cuando ha entrado don Diego y en cuatro manos me ha repuesto en mi dinero. No acierta una carta. Y juega con tanta generosidad! Ni jura, ni patea, ni rompe barajas como otros. Anita, voy creyendo que mis sospechas eran infundadas. Un hombre que pierde con tanta gracia su dinero no puede ser capaz... Pero yo me detengo mucho. Estoy de suerte!.. Hablarémos. Es preciso aprovechar el cuartito de hora.

GER. (*Deteniéndole.*) No; yo no me fio tanto de la fortuna. Quiero que me des ahora mismo dinero para ir disponiendo la funcion de mañana.

EST. No tenga usted cuidado... Tiempo queda...

GER. Ahora mismo; ahora mismo. Si por desgracia te desbancan, eso menos pierdes.

EST. ¡Qué ejecutiva es usted! Ahora no; despues le daré á usted todo lo que quiera.

GER. (*Gritando.*) No, señor; no, señor. Yo tengo que cumplir con mis amigos...

EST. Chit!... Calle usted, por Dios. ¿Qué dirán esos señores?

GER. Digan lo que quieran. Lo primero es mi funcion. Si no haces lo que digo, nos van á oír los sordos.

ANA. Hombre, siquiera por no oirla...

GER. Mira que si me enfado...

EST. Calle usted con mil diablos. ¿Qué dinero es el que usted necesita?

GER. Tres onzas.

EST. ¡Tres onzas! ¿Está usted loca?

GER. Ni un maravedí menos.

EST. Vamos; con una hay de sobra.

GER. (*Gritando.*) Las tres han de ser.

EST. Daré media más porque me deje usted en paz.

GER. Las tres ó alboroto la casa. (*Los jugadores se agrupan á la puerta riéndose.*)

EST. Demasiado escándalo ha dado usted ya.

GER. Las tres, ó te has de acordar de mí.

ANA. Pero, madre! Usted tambien... Todo el mundo se está enterando...

GER. Las tres, ó doy parte á la policia.

EST. Tome usted, tome usted, vieja de Lucifer. Sacie usted bien su torpe glotoneria. A ver si un dia revienta!

GER. Ahora más que te juegues hasta el modo de andar.

EST. ¿Por qué se han movido ustedes? ¡No hay que hacer caso de esa mujer! ¡Es mi suegra!

ESCENA XVII.

DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA.

ANA. Bien podia usted tener más miramiento. ¿Para qué quiere usted tanto dinero?

GER. No necesito darte cuenta. Yo me entiendo. Diez cubiertos... Cosme!

ANA. ¿Qué necesidad tenia usted de gritar tanto? Todos se estaban riendo de nosotros.

GER. Que se rian. ¿A mí qué se me da?

ANA. Estéban se ha incomodado, y con razon.

GER. Que rabie; que se ahorque.

ESCENA XVIII.

DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA.

COS. ¿Llamaba usted?

GER. Sí; anda. Búscame un par de mozos y espérame con ellos en la plazuela de Herradores

ESCENA XIX.

DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA.

GER. Casi estaba por encargar la comida á la Fontana.... No; mejor es en casa. El canónigo de al lado nos hará el favor de enviarnos á la señora Anastasia, que tiene unas manos primorosas. Los asados á la pastelería. Vamos; todo se compondrá. Voy á comerme mis sopas en un instante, y en seguida á comprar las aves y demás artículos principales por mí misma, porque los criados siempre traen lo peor y lo más caro.

ESCENA XX.

DOÑA ANA, DON DIEGO.

ANA. ¡Qué modo de tirar el dinero! Y luego extrañará que Estéban...

DIE. (*Saliendo del gabinete.*) ¿No se lo decia á usted? Ya somos amigos.

ANA. Yo siento que usted haya perdido sin necesidad.....

DIE. Qué! Eso no vale la pena. Hablemos de otra cosa. ¿Va usted esta noche á casa de la brigadiera?

ANA. No, señor. Voy á la ópera.

DIE. Tendré el gusto de acompañar á usted.

ANA. Bien.

DIE. Ah, me olvidaba. ¿Sabe usted que he hecho una compra?

ANA. ¿Sí? ¿Y qué es?

DIE. Esta sortija... Mire usted qué brillante tan hermoso.

ANA. (*Tomando la sortija y mirándola.*) Efectivamente.

DIE. Gusta usted de ella?

ANA. Mil gracias: está bien empleada.

DIE. Mejor lo estaria en esa linda mano.

ANA. No; no. Tómela usted.

DIE. Pero ¿es posible... ¿Tendrá algo de particular que usted conserve una memoria mia?... Vamos, complázcame usted.

ANA. La toma usted ó la tiro?

DIE. ¿Ha de hacer usted ese desaire á su mejor amigo?

ANA. Yo no admito regalos de nadie. (*Tira al suelo la sortija.*)

DIE. ¡Anita!

ANA. Y si usted quiere ser mi amigo, guárdese bien en lo sucesivo...

## ESCENA XXI.

DOÑA ANA, DON DIEGO, DON ESTÉBAN.

EST. ¡Maldita sea mi suerte! Malditas sean las barajas y el ladron que las inventó! Tantos pícaros con fortuna, y un hombre de bien nunca ha de poder medrar!... Y este don Diego siempre al lado de mi mujer... ¡Por cuantos medios me prueba el diablo la paciencia! ¡Qué haces aquí tú?... Bien podías estar en tu costura. Así anda la casa, como Dios quiere.

DIE. (Qué amoscado viene! Sin duda ha tronado ya.)

EST. Y usted, señor mio... Pero ¿qué veo?... (Repara en la sortija [y la toma.] ¡Un brillante!... ¿De dónde ha venido esta sortija?)

ANA. Es de don Diego.

EST. Pero, ¿cómo estaba en el suelo?... Yo supongo que no se le habrá caído del dedo.

ANA. Se ha empeñado en que la tome...

DIE. (En voz baja.) ¡Señora!

EST. ¡Cómo! Yo le haré á usted respetar...

DIE. (Esta maldita me va á comprometer.)

ANA. Pero su intencion al ofrecérmela no ha sido criminal. Al contrario, ha querido darme una prueba del aprecio desinteresado que le merecemos. (Será preciso dejarle bien puesto por mi propio decoro.) Se asomó á la puerta del gabinete; vió que te estaban desbancando; compadecido de nuestra desgracia ha querido repararla algun tanto, y no teniendo dinero encima...

DIE. Usted mismo me lo ganó hace poco.

EST. Sí; ¡bastante ha durado en mi poder! El de usted y el mio han ido por la posta.

ANA. Me ha suplicado que recibiese esa alhaja para ver si con su valor te desquitabas.

EST. Siendo así..., ya es muy diferente.

ANA. Pero yo no he podido resignarme á semejante humillacion, y...

EST. Oh! no; nada tiene eso de humillante, supuesto que el señor no se proponia otro fin que de socorrernos en una urgencia como esta.—Disimule usted, señor don Diego... Mi mujer ha hecho lo que debia... y yo estoy muy contento de ella... aunque eso de tirar al suelo la sortija es un poco duro: lo confieso. ¡Estas mujeres que nunca saben discernir...! Basta. Yo doy á usted mil gracias por su fineza, y me convenzo de que es mi verdadero amigo.

DIE. Bien puede usted creerlo. (¡Qué marido tan cómodo!)

EST. Bajo ese concepto tomo la sortija; pero en calidad de préstamo. (Viendo salir del gabinete á los jugadores.) Adónde van ustedes?

## ESCENA XXII.

DOÑA ANA, DON ESTÉBAN, DON DIEGO, DON CIPRIANO JUGADORES.

CIP. A casa. Aquí ya no tenemos nada que hacer. Usted ha perdido cuanto tenia...

EST. No, señor; aún puedo jugar...

CIP. Como no se juegue usted las sábanas de la cama...

EST. Dejémonos de bufonadas, don Cipriano. Me parece que debia usted tener más consideracion conmigo, si quiera porque me ha ganado el dinero.

CIP. Yo no entiendo de consideraciones. El que no quiera polvo que no vaya á la era. ¿Tenia usted más que no haber jugado?

(Don Diego y doña Ana hablan aparte.)

EST. ¿Quieren ustedes apuntarme sobre esta sortija?

CIP. ¿A ver? ¿Es fina? Juguemos limpio.

EST. Sí, señor.

CIP. Y en cuanto la estima usted?

EST. Preguntaré á su dueño cuánto vale. Señor don Diego... Perdona usted que le interrumpa.

ANA. (Despidiéndose.) Beso á ustedes la mano

EST. Mujer, no es menester por eso que te vayas. Dirá este caballero que le dejas con la palabra en la boca.

ANA. Ya hemos concluido. Abur.

## ESCENA XXIII.

DON ESTEBAN, DON CIPRIANO, DON DIEGO, JUGADORES.

EST. Dígame usted: ¿cuánto le ha costado la sortija?

DIE. Cien duros.

EST. Ya lo oye usted. Sin embargo, yo la tallaré en una onza menos. Ea, vamos adentro?

CIP. Vamos. No dirá usted que no le damos desquite.

EST. Quiere usted acompañarnos, don Diego.

DIE. No: voy un rato al café. Hasta luego. (Algo quiere decir el haberme disculpado Anita con su marido. No perdamos las esperanzas.)

## ESCENA XXIV.

DON SEBASTIAN, DON CIPRIANO, JUGADORES.

EST. (Mirando hacia el gabinete.) Quieto don Fermin! Oh! Como llegue á verme con mi dinero...

CIP. (Difícil será.)

EST. Adentro, adentro, señores. (Entra en el gabinete con los otros jugadores. Don Cipriano se queda el último.)

CIP. Pobre diablo! Lo que tardarás tú en quedarte sin la sortija!—Eh! valiente cuidado se le dará. Don Diego es el que pierde. La muchacha no es desgraciada... Pero caramba! á tanta costa... Mal está con su bolsillo el que corteja á la mujer de un jugador.

## ACTO SEGUNDO.

## ESCENA PRIMERA.

COSME.

La sortija ya está dando las boqueadas. ¡Pobre don Estéban! Esos bribones le estan desollando... Ya se han ido algunos. Don Cipriano y don Fermin son los únicos que le apuntan; don Blas se ha quedado dormido sobre el tapete; el americano está haciendo un solitario y el bizco hablando de Vista-alegre. ¡Estos mirones que sólo vienen á incomodar!

## ESCENA II.

COSME, DON ESTÉBAN.

EST. (A la puerta del gabinete.) Soy con ustedes... Vuelvo pronto. Tengan ustedes la bondad de esperar un rato.—Dile á tu ama que venga.

Cos. Cuál de ellas?

EST. Doña Gerónima. Corre.

## ESCENA III.

DON ESTÉBAN.

¿Si se habrá gastado ya las tres onzas? No lo extrañaria. Su insaciable vientre es capaz de empobrecer á una provincia.—Hoy estoy fatal... Cuando perdí el primer fondo debí retirarme... Ya es tarde. Es preciso hacer todo lo posible para rescatar mi dinero. ¡Este don Cipriano! Todas me las acierta. ¡Qué corte tan clavado! Don



Fermin pierde; pero qué importa? Su dinero va á parar tambien al otro por carambola.

ESCENA IV.

DON ESTÉBAN, DOÑA GERÓNIMA.

GER. ¿Qué se ofrece?  
 EST. Tiene usted aún aquel dinero?  
 GER. Se ha gastado.  
 EST. Todo?  
 GER. Todo no; pero el resto ya tiene destino. ¿Por qué lo preguntas?  
 EST. ¿Cuánto queda?  
 GER. Quince duros.  
 EST. Vengan.  
 GER. ¿Para jugar, eh? No quiero. Primero es comer.  
 EST. No me impaciente usted. Venga ese dinero.  
 GER. Primero es vestir á tus hijos.  
 EST. Eso no es de cuenta de usted.  
 GER. Primero es pagar tus trampas.  
 EST. Usted no las ha de pagar por mí. Vamos.  
 GER. Bien podiais tener mejor conducta.  
 EST. Yo no pido consejos. Usted me hará perder la paciencia.  
 GER. Piérdela, ya que has perdido el dinero.  
 EST. ¡Señora suegra! ¿Quiere usted hacerme el favor de no mezclarse en mis negocios?  
 GER. Eres un despilfarrado, un vicioso, un perdido.  
 EST. Si no calla usted haré un desatino. Déme usted los quince duros. Nada pido que no sea mio.  
 GER. Primero me dejaré sacar una muela.  
 EST. Sí? Pues no hay fiesta. Ahora mismo voy á tirar al pozo cuanto encuentre en la despensa.  
 GER. Te guardarás muy bien.  
 EST. Y á usted tambien si me irrita un poco más. ¡Pues estamos frescos! ¿Con que, yo no mando ya en mi casa?  
 GER. (Gritando.) Anita! Anita!  
 EST. No chille usted!... Más cuenta le tiene callar y darme el dinero  
 GER. (Tiene razon. Si se empeña en trastornar mi funcion, pierdo más.)  
 EST. Vamos. ¿En qué piensa usted? Los quince duros: pronto.  
 GER. Voy á traerlos.

ESCENA V.

DON ESTÉBAN, DON JUSTO.

EST. ¡Pues está la madera para hacer cucharas! Despues que le chupan á uno las entrañas...  
 Jus. Don Estéban, quisiera hablar con usted despacio.  
 EST. (Este me viene ahora á mortificar con inútiles consejos. ¡Si me diese uno para ganar!)  
 Jus. ¿Es cierto lo que me dicen? ¿Es verdad que está usted perdiendo...  
 EST. Sí, señor; todo lo que juego. La suerte se ha conjurado contra mí.  
 Jus. ¿Pero, es posible que sea usted tan vicioso?  
 EST. ¡Señor don Justo!  
 Jus. ¿Piensa usted hacer fortuna en el juego? ¿No se cansa usted ya de hacer el primo? ¿Hasta cuándo hade ser usted victima de esa canalla?  
 EST. Por Dios! Ahora no estoy para...  
 Jus. Un hombre cargado de obligaciones... Qué ignominia! Me avergüenzo de haber sido amigo de usted.  
 EST. Pero usted sabe muy bien que yo no juego por passion como otros. Abrumado de deudas, responsable de la subsistencia de una familia dilatada y destituido de todo arbitrio, me ha sido forzoso recurrir al juego.

Bien sabe Dios que no soy avaro! Mi único objeto es ver si puedo ir tirando... Sacar mi diario...  
 Jus. ¡Echarse á jugador por recurso un hombre de bien! Y entre esos pillos!... Quién le dió á usted tan diabólico consejo?  
 EST. Yo veo que muchos se sostienen de la bayeta.  
 Jus. Porque son unos tramposos, infames que viven á costa de los tontos.  
 EST. Pero ¡señor don Justo!...  
 Jus. ¡Y yo le tenia á usted por hombre de talento!  
 EST. (¡Esta mujer no parece!)  
 Jus. Qué cabeza!  
 EST. Deje usted, que como consiga reponerme un poco...  
 Jus. Sí; la esperanza es fundada!  
 EST. Alguna vez he de ganar.  
 Jus. ¿Quiere usted que le demuestre hasta la evidencia que eso es imposible jugando, como ustedes dicen, á suerte y verdad?  
 EST. No me convencerá usted.  
 Jus. Usted mismo ¿no ha dicho que muchos viven del juego?  
 EST. Sí, señor.  
 Jus. Podrá usted negarme que de cuarenta jugadores que asisten á una partida, veinte lo menos son unos ociosos sin empleo y sin bienes?  
 EST. Es verdad.  
 Jus. Ellos comen y visten sin embargo. Ahora bien. ¿Quién lo paga? Los otros jugadores que tienen dinero.  
 (Don Cipriano asoma la cabeza por la puerta del gabinete y llama por señas á don Estéban: éste le da á entender del mismo modo que irá luego.)  
 EST. Ya... pero no hay regla sin excepcion... Tambien los jugadores de buena fe suelen ganar... (Cuánto tarda!)  
 Jus. Para con Dios si lo llevan con paciencia.  
 EST. Lo repito: yo sólo me propongo mantener mi casa, y creo que...  
 Jus. Amigo mio, no hay que buscar achaques á los vicios. Esas buenas intenciones que alega usted, jamás podrán justificarle.  
 EST. Pero yo...  
 Jus. No extraño que trate usted de disculparse con las gentes y consigo mismo. Pocos hombres hay que se abandonen sin pudor al vicio y á la iniquidad teniendo presente todo el horror de su conducta. Siempre estamos dispuestos á absolvernos de nuestra propia autoridad por falta de consultar la razon y por estar imbuidos en doctrinas erróneas y perjudiciales. Esos mismos tahures que le sacrifican á usted estarán acaso muy distantes de reputarse tan malvados como son. ¿Qué digo? Los mismos salteadores se juzgan autorizados para robar y asesinar á los caminantes.  
 EST. (¡Acabarás de venir!)

ESCENA VII.

DON ESTÉBAN, DON JUSTO, DOÑA GERÓNIMA.

GER. No parecia la llave de mi cómoda... Toma los quince duros. (¡Ay dolor!)  
 EST. Señor don Justo, hablarémos en otra ocasion. Las sólidas reflexiones de usted han obrado en mi alma efectos maravillosos. Le doy á usted palabra de retirarme del juego lo más pronto posible. Lo que es por hoy no puedo... Estoy muy metido... Es natural buscar el desquite y... Perdone usted: me esperan esos caballeros. Tengo comprometida mi palabra y no puedo faltar á ella sin menoscabo de mi honor.  
 Jus. ¡Qué miserable idea del honor! ¿No seria más justo... Pero, por qué me empeño en hacer bien á un hombre incorregible? Corra usted, corra usted al precipicio.

Algún día llorará con lágrimas de sangre el desprecio que hace de mis consejos.

EST. Por piedad no haga usted mi situación más penosa. Si leyera usted en mi corazón...

(Vuelve á asomarse don Cipriano, y él y don Estéban repiten las señas anteriores.)

#### ESCENA VII.

DOÑA GERÓNIMA, DON ESTÉBAN, DON JUSTO, TERESA.

TER. Pueden ustedes venir cuando gusten. La sopa está en la mesa.

GER. Vamos, vamos á comer que yo estoy desmayada. ¿No vienes tú?

EST. Si doy lugar á que se vayan esos hombres, sabe Dios cuándo volveré á atraparlos... Coman ustedes. Teresa me traerá una taza de caldo.

JUS. ¡Qué ánsia! ¡Qué frenesí! No permitirse media hora de descanso siquiera para tomar alimento! ¿Y eso es vivir?

EST. ¡Qué quiere usted! No lo puedo remediar... Nadie vive atormentado por su gusto... ¡El hombre llega á verse tan apurado, tan comprometido! ¡Ah! Compadézcame usted.

#### ESCENA VIII.

DON JUSTO, DOÑA GERÓNIMA.

JUS. Sí; bien lo mereces, infeliz.

GER. Pues yo, maldita la lástima que le tengo. Si es desgraciado, él se tiene la culpa.

JUS. No, señora; toda la culpa no es suya. Si tuviera otra mujer y otra suegra no jugaría.

GER. Me gusta eso! Pues acaso ¿nosotras le mandamos jugar?

JUS. No; pero demasiado dócil á los caprichos de ustedes y sin medios para satisfacerlos, ¿qué quiere usted que haga? Si doña Ana tuviese más juicio no se empeñaría en sostener un lujo que no corresponde á sus facultades. Si usted fuera más sóbria y menos vana, en lugar de destruir la casa á fuerza de banquetes y francachelas, cuidaría de hacer observar en ella una severa economía.

GER. ¡Economía! ¡Quite usted de ahí! Me da fatiga el oírlo. ¿Qué ideas tan mezquinas! ¿Y un hombre tan poderoso como usted habla de economía?

JUS. Don Estéban no lo es ni lo ha sido nunca, y por lo mismo...

GER. Vaya, vaya; yo no soy amiga de cicaterías, ni quiero que me tasan la ración. ¡No faltaba más! ¡El se estará tirando la oreja todo el día, la señorita de baile en baile, de fiesta en fiesta, y yo viviré hecha un azacan, metida siempre en un rincón, discurrendo cómo se gastará menos para que ellos disipen mis ahorros? No, señor; muera Marta y muera harta. Para cuatro días que una ha de vivir...

JUS. Entiéndame usted, señora. Una cosa es miseria y otra economía. Lo que yo digo es...

GER. Hijo mío, ya es duro Pedro para cabrero. Yo no ofendo á Dios ni á nadie por ser amiga de darme buen trato. Y quiero dármele; y lo demás es tiempo perdido; y más que todo se lo lleve la trampa. Dirán que por mi culpa se gasta más de lo que permiten nuestros recursos. No importa. Que se arbitrie mi yerno como pueda. Todo se lo permito con tal que mi estómago no sufra detrimento. No me empeño en justificar la prodigalidad; pero me parece que algún placer se ha de permitir á una mujer que hace hilas para el hospital, y consuela á las viudas, y va cada día al jubileo, y se confiesa todas las semanas.

JUS. Un solo vicio inutiliza todas esas virtudes, si es posi-

ble que usted las practique con verdadero celo cristiano. Usted no piensa más que en tragar, y esa sórdida glotonería...

GER. ¡Cómo se entiende! ¿Qué autoridad tiene usted sobre mí para insolentarse de ese modo? Quiere usted ver cómo... Pero no quiero incomodarme, no sea que me sienta mal la comida. Otra vez tráteme usted con más respeto, ó nos oirán los sordos.

#### ESCENA IX.

DON JUSTO.

¡Ah maldito avestruz! Si fueras cosa mía yo te haría entrar por vereda. Te aseguro que habías de padecer menos indigestiones. (Aparece Teresa al retirarse don Justo.)

#### ESCENA X.

TERESA. (Atraviesa muy despacio la escena con una taza de caldo, dirigiéndose al gabinete.)

Qué mal pulso tengo desde que estoy enamorada! Antes de llegar se me habrá derramado la mitad.

FER. (Desde dentro.) ¡Cosme!

#### ESCENA XI.

TERESA, COSME.

Cos. Allá voy. (Entra en el gabinete; vuelve á salir corriendo con una estufilla para traer lumbre, tropieza con Teresa y deja caer la taza y el plato.)

TER. Capaz será de estarse con la taza de caldo hasta la noche. — ¡Bruto! ¡Salvaje!... Mira cómo me has puesto. ¿Estás ciego?

Cos. ¿Por qué no avisas?

#### ESCENA XII.

TERESA, COSME, DON ESTÉBAN, DON CIPRIANO, DON FERMIN.

EST. ¿Qué ha sido eso?

Cos. Nada: que por ir corriendo por la lumbre he tropezado con Teresa y...

EST. ¡Si te hubieras roto siquiera la cabeza!... ¿Y tú, en qué venías pensando?

TER. Yo...

EST. Vamos; anda por otra taza de caldo.

TER. El caso es que no hay más. ¿Quiere usted que le traiga un poco de vino y unos bizcochos?

EST. No quiero nada; dejadme. (Vanse los criados.) Volvamos.

CIP. Hombre, no hay que tomarlo tan á destajo. Eso es tirarnos á matar. Respiremos un poco.

FER. Mejor sería dejarlo.

EST. ¡Eso es! Bien se conoce que usted no está picado.

FER. Pues pierdo treinta duros.

EST. Si no perdiera yo más que eso! (Viene Cosme con la lumbre, la deja en el gabinete y vuelve á la escena.)

FER. Irémos á comer... y á la noche...

EST. No; mejor sería tomar aquí una friolera... Espera Cosme.

CIP. Dice bien.

EST. Precisamente ahora está comiendo la familia, y gracias á la intemperancia de mi suegra, en mi casa hay siempre mesa de estado. — Tráenos al gabinete algo que comer. Date prisa: que te ayuden Cristóbal y Teresa. Se va Cosme y vuelve con Teresa y otro criado. Los tres llevan al gabinete botellas, cubiertos, algunos manjares, etc.)

FER. De cualquier modo: entre jugadores no se usan cumplimientos.

CIP. Verá usted cómo ahora se despierta don Blas y el criollo deja su solitario. Estos mirones tienen siempre hambre canina.

EST. Poned la comida en otra mesa: no toqueis á la del juego.

FER. ¿Quiere usted creer que me duele ya el alma de estar sentado?

CIP. Yo estoy molido. ¡Caramba! Y luego dirán que los jugadores viven descansados. Vale más ser peon de albañil. Siempre afanados, mal comidos, atrasados de sueño... ¡Y cómo trabaja el pulmon algunas veces!... No; esta vida no es para llegar á viejos. Lo cierto es que todos estamos ojerosos, consumidos... Parece que nos chupan las brujas. Aún hay más: yo creo que en la bayeta nos formamos una fisonomía particular... No es chanza: todos los jugadores nos parecemos unos á otros: somos un tipo especial, y un buen fisonomista nos conoce á media legua.

FER. ¿Por qué tan triste, don Estéban?

EST. Perdiendo todo el día, quiere usted que esté contento?

CIP. ¡Eh! Mañana ganará usted. (No conmigo.)

FER. Las mismas cartas tiene la baraja para unos que para otros. El asunto es jugar con fe.

TER. Cuando ustedes quieran.

EST. Bien; retiraos, que despues se recogerá la mesa. Si haceis falta, se os llamará. Vamos, señores: no perdamos el tiempo. (Si no cojo una enfermedad, digo que soy de bronce.) *(Entra en el gabinete. Los criados se retiran.)*

FER. Chico, cuidado con irse al río. Ya sabes que hemos de partir.

CIP. Por supuesto, hombre. Aquí no somos jitanos. ¡Ahora iria yo por una bagatela á perder mi reputacion! *(Al entrar en el gabinete don Cipriano y don Fermin aparece don Diego.)*

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Nadie parece por aquí... Estarán comiendo... En el gabinete oigo hablar... ¡Aún dura el garito! Tanto mejor: con eso no me estorbará don Estéban en mis designios. Hoy triunfo de Anita ó desisto de la empresa. A un hombre como yo no le está bien hacer el cadete, y menos con una casada.—Pero, ¿no es una infamia seducir á esa muchacha?... ¡Seducir! No, señor: yo me río de eso. Ninguna mujer es seducida. Ellas sucumben á su pasion y no á nuestras sugerencias.—Ya; pero abusar de su fragilidad... ¡Oh! Esta acusacion es arbitraria. ¿Por qué no se ha de decir más bien que ellas abusan de la nuestra? ¿O tienen las mujeres licencia para ser frágiles y los hombres no?—Sin embargo siempre es un delito... Sí; pero las circunstancias... tal vez... podrán excusarlo. Este don Estéban es preciso que descuide mucho sus obligaciones; porque un hombre encenagado en el juego... Y sobre todo, siempre será ella más culpable que yo.

ESCENA XIV.

DON DIEGO, TERESA.

TER. ¿Usted por aquí?

DIE. Chit!... Habla más bajo. Escucha. Ya sabes que te quiero.

TER. No hace usted más que pagarme.

DIE. Toma esa media onza. Otra vez será más.— Me has de hacer un favor.

TER. *(Guardando el dinero.)* Sabe usted que estoy dispuesta á servirle.

DIE. Yo conozco á las mujeres. El que piense conseguir

nada de ellas á fuerza de arengas y solicitudes se equivoca mucho. Sea por vergüenza ó por orgullo, primero se dejan sorprender un favor que concederlo á nuestros ruegos.

TER. Es cierto. Se conoce que es usted práctico.

DIE. Tu ama tiene sobrado motivo para haber conocido mis ideas, y cuando á pesar de esto sufre que la obsequie, es regular que no las desaprobe. Una buena ocasion me favorecerá más que todos los argumentos del mundo; y esa es la que tú me vas á proporcionar ahora.

TER. Si puedo, estoy pronta.

DIE. Como me vea yo á solas con ella, es segura la victoria. ¿Está comiendo?

TER. Sí; pero ya han servido los postres.

DIE. Ella acostumbra á retirarse á su cuarto despues de comer... y el cuarto tiene dos puertas.

TER. Ya, ya entiendo. Quiere usted que le introduzca por la del pasillo.

DIE. Sí; yo te recompensaré pródigamente.

TER. No me determino... Si alguno lo observa... Le habrán visto á usted entrar...

DIE. Nadie, á excepcion de Cristóbal que me ha abierto la puerta, y ese es mio. No hay cuidado.

TER. Pero si el amo...

DIE. ¡Qué simpleza! Tu amo no piensa más que en su desquite. Vamos: no pierdas tiempo.

TER. (¿Por qué no tengo yo de complacer á un señor tan galan y tan generoso?... ¡Y está tan enamorado!... Yo no tengo corazon para ver padecer á nadie.)

DIE. ¿En qué piensas?

TER. (Soy una pobre criada... Dándole gusto, me aseguro un buen regalo, y podré salir de una condicion tan infeliz.)

DIE. Me consumo!

TER. (Es mala accion; pero... por una sola vez... Y además, ¿qué se adelanta con negarle mi auxilio?... No le faltarán arbitrios para lograr su intento, y más siendo tan travieso y teniendo tanto dinero. Pierdo la propina y no evito la culpa.)

DIE. ¿Acabas de resolver?

TER. Sí. Venga usted sin hacer ruido.

DIE. Me das la vida. *(Se oyen voces y ruido como de romper botellas, platos, etc.)*

TER. Espere usted... ¿Qué estrépito es ese? *(Sale don Fermin con una botella levantada en alto; detrás de él don Estéban con otra; don Cipriano y los demás jugadores conteniéndolos.)*

ESCENA XV.

DON DIEGO, TERESA, DON ESTÉBAN, DON CIPRIANO, DON FERMIN, JUGADORES.

EST. Eso es una infamia.

FER. Le digo á usted que me debe cuatro duros.

EST. Falta usted á la verdad.

DIE. (¡Se desgració mi asalto!)

FER. Por señas que se los gané á usted en un cinco triple antes de ponernos á comer.

EST. Los pagué.

FER. No, señor: me dijo usted que casaria media onza.

EST. No hay tales carneros.

DIE. (¡Maldita sea vuestra disputa!)

CIP. Vamos, señores. Parecen ustedes niños. ¿Unos hombres que se juegan las onzas á puñados, se han de matar ahora por ochenta reales?

EST. Yo tengo la culpa en alternar con personas como usted.

FER. Oiga usted; yo soy...

CIP. (*En voz baja.*) ¡Chit!... Calla, hombre; no acuda la jura y nos metan en chirona.

FER. Qué culpa tengo yo de que sea usted tan flaco de memoria?

TER. (Esto va malo: yo me voy.)

### ESCENA XVI.

DON ESTÉBAN, DON DIEGO, DON CIPRIANO, DON FERMIN, JUGADORES.

CIP. (*En voz baja.*) Hombre, cede con mil diablos: no nos pierdas. Yo estoy seguro de que te los pagó. De cualquier suerte todo ha de venir á nuestro poder.

DIE. Para ahorrar disputas partan ustedes la diferencia.

FER. No me conformo. O los cuatro ó nada.

DIE. Amigo, esa es ya mucha temeridad. Vamos, haya paz. Yo le daré á usted los cuatro duros.

EST. Eso es lo que yo no consentiré. Se acabó: yo se los daré á usted don Fermin, y aunque sea más, porque no alborote. Vamos, váiros á jugar. Acaben ustedes de desbancarme cuanto antes.

FER. No; yo no juego más. Estoy encorocado. Don Cipriano cobrará los cuatro duros, y le apuntará á usted si quiere. Voy por mi sombrero. (*Entra en el gabinete, y vuelve en seguida con el sombrero.*)

EST. Para perder no necesito de usted.

CIP. Deje usted que se vaya. Es un díscolo que todo lo quiere componer á gritos y porrazos.

FER. Que ustedes se diviertan.

CIP. (*Aparte con don Fermin.*) Oyes: espérame donde sabe.

FER. Se entiende.

CIP. Yo iré así que acabe de exprimir á este prójimo.

EST. Adentro, adentro señores. ¡Qué día tan cruel! Se lo doy al más pintado.

### ESCENA XVII.

DON DIEGO, DON FERMIN.

DIE. ¿Adónde bueno? ¿A casa de la andaluza?

FER. Sí, señor: yo no pierdo ripio. Allí se reúnen por las tardes cuatro ó seis barbilampiños á babear con las muchachas. Don Cipriano y yo, que no entendemos de galanteos, de acuerdo con ellas incitamos á jugar á los pisaverdes, y les chupamos muy bonitamente los cuartos.

DIE. Hombre, eso es una viña.

FER. Yo lo creo, y... lo que digo; si se habían de gastar el dinero en dijes, y merengues, y vicios, más vale que se lo ganemos nosotros, que sabemos emplearlo mejor. ¿Quiere usted venir?

DIE. Sabe usted que me he separado del juego hace algun tiempo.

FER. Ya lo sé. Hizo usted su fortuna y se ha retirado á buen vivir... Digo; á buen vivir en cuanto al tapete, que por lo demás usted emplea bien su tiempo. ¿No es verdad? ¡Pobres maridos!... Ah, ¿en qué altura se halla usted con doña Ana?

DIE. No deja de estar propicia; pero ya me voy fastidiando. no estoy acostumbrado á conquistas tan largas. Diga usted: ¿con quién trata ahora la Mariquita?

FER. Con un cadete murciano que acaba de tomar los cordones y aún tiene el pelo de la dehesa. Si usted se presenta le desbanca al momento.

DIE. La chica es lindísima; y aquel gracejo malagueño...

FER. Pues, ¡á ella! ¿Por qué no se viene usted conmigo?

DIE. Más tarde me pasaré por allí.

FER. Corriente. Mientras yo pesco las asistencias del cadete usted le requiebra la Dulcinea y lo fastidiamos por activa

y por pasiva. ¡Oh! Ahí tiene usted á su deidad. Hasta despues.

DIE. Abur.

### ESCENA XVIII.

DOÑA ANA, DON DIEGO.

ANA. ¿Qué hora es esta de hacer visitas? Hasta el anochecer no hacia usted falta.

DIE. Es tanto el placer que tengo en ver á usted...

ANA. No me acomoda que venga usted tan á menudo dando qué decir á las gentes.

DIE. ¿De cuando acá repara usted en eso? Hasta ahora me ha recibido usted siempre...

### ESCENA XIX.

DOÑA ANA, DON DIEGO, DON ESTÉBAN.

EST. (*A la puerta del gabinete*) ¡Cosme! (Estoy desesperado.)

DIE. (¡Siempre me ha de interrumpir!)

EST. (Este don Diego es mi sombra.) ¡Cosme!

DIE. (Bien podia don Cipriano darse menos prisa á ganarle el dinero y viviríamos todos.)

### ESCENA XX.

DOÑA ANA, DON ESTÉBAN, DON DIEGO, COSME.

Cos. ¿Qué manda usted?

EST. Ven acá. (*Le llama á un extremo y le habla en voz baja. Doña Ana y don Diego hablan tambien aparte.*) ¿Tienes algun dinero?

Cos. Cinco reales me quedan y aún tengo que traer vinagre y velas.

EST. No es eso, hombre. Dinero tuyo.

Cos. ¿Qué dinero he de tener yo, pobre de mí?

EST. Algo tendrás ahorrado. Préstame siquiera media onza.

Cos. Señor...

EST. Haz este sacrificio por tu amo. Yo te daré el doble.

Cos. No tengo más que cuatro duros que los guardaba para un pantalon...

EST. No importa. Yo te daré uno de los míos.

Cos. Tome usted. (*Le da los cuatro duros.*)

EST. Con disimulo, hombre!... Cuidado con decir nada á nadie.

Cos. ¡No faltaba otra cosa! Yo soy muy reservado... ¿Quiere usted tambien los cinco reales de las velas?

EST. No; guárdalos. (¡Sin poder quebrar la suerte en todo el día á ese maldito don Cipriano!)

Cos. (¡Y luego dicen! Si yo no sisara, ¿cómo haria ahora esta obra de caridad?)

### ESCENA XXI.

DON DIEGO, DOÑA ANA.

DIE. ¿Con qué me tasa usted las visitas?

ANA. Si usted no hubiera abusado de mi bondad hasta el extremo de querer hacerme un regalo...

DIE. Era una prenda de mi entrañable amistad.

ANA. ¡Amistad! ¿Piensa usted que se me ocultan sus intenciones?

DIE. ¡Señora!

ANA. ¿Me supone usted tan mercenaria, tan sin pudor, que por el vil interés sea capaz de faltar en lo más mínimo á la fidelidad que debo á un esposo que me adora?

DIE. Confieso que he cometido una imprudencia; pero el tierno amor que usted me inspira...

ANA. ¡Cómo! Qué atrevimiento...

DIE. Si, adorable Anita. Harto he sufrido en reprimirlo tanto tiempo. Yo moriría si prolongase más un silencio inútil... Inútil, sí; porque mis ojos, mi semblante, todas mis acciones revelan el estado de mi corazón.

ANA. ¡Don Diego!

DIE. ¡Ah! Dígnese usted fijar esos luceros en el más rendido de los amantes, y ellos me dirán si me concede usted una dulce esperanza, ó debo espirar á sus piés. (*Quiere echarse á los piés de doña Ana y ella le detiene.*)

ANA. Deténgase usted, insolente, y respeteá una mujer incapaz de semejante infamia.

DIE. ¡Anita!...

ANA. Calle usted y no provoqué más mi cólera.

DIE. (Aún están verdes. Todo lo he echado á perder.)

ANA. Váyase usted de mi casa inmediatamente.

DIE. ¡Es posible!...

ANA. ¡Váyase usted le digo, y no vuelva á parecer delante de mí.

DIE. Sosiéguese usted. Esto ha sido una broma.

ANA. ¿Dará usted lugar á que llame á mi marido y le diga...

DIE. Me iré, me iré... No hay que sofocarse.

ANA. (La indignación me ahoga.)

DIE. (Me voy á vengar diciendo mil pestes de ella en el café de Lorenzini.)

ESCENA XXII.

DOÑA ANA, DON ESTEBAN, DON CIPRIANO.

ANA. ¡Qué hombre tan audaz y tan indigno! No sé si podré disimular mi agitación. (*Se sienta.*)

EST. Hombre, no me deje usted plantado. Yo buscaré más dinero ya que no quiere usted jugar sobre mi palabra.

CIP. (*Con el sombrero en la mano.*) Amigo, somos mortales.

EST. Pues hágame usted el gusto de esperar un poco mientras me procuro otro fondo.

CIP. Bueno: esperaré. Tendré la condescendencia de ganarle á usted hasta la última peseta.

EST. (Qué sufra yo esto!)

CIP. Si no viene usted dentro de diez minutos, me marchó. Ya estoy harto de contemplaciones (Sí; debo esperarle. Si él no se cansa de perder ¿por qué me he de causar yo de ganar?)

ESCENA XXIII.

DOÑA ANA, DON ESTEBAN.

EST. (*Para sí.*) Cruales naipes!—Yo debería abandonarlos... Pero tantas pérdidas... La manutención de mi familia...

ANA. (*Levantándose.*) ¿Qué tienes? ¿Por qué estás tan abatido?

EST. No te había visto.

ANA. ¿Lo habrás perdido todo?

EST. Sí, querida Anita. Estoy en desgracia.

ANA. ¿Quieres creerme? No juegues más.—Mira: si es necesario, yo renuncio desde ahora á la moda, á los placeres, á todo menos á tu corazón.

EST. ¿Qué he de hacer sino jugar? ¿Me queda otro arbitrio?

ANA. (Infeliz! Me da compasión.)

EST. Lo peor es que si no encuentro dinero pronto, don Cipriano se irá y pierdo la esperanza de desquitarme... Yo no tengo de qué echar mano... ¿Se ha ido don Diego?

ANA. Sí; en este momento.

EST. El me podría sacar de este apuro. ¿Te parece que le mandemos á pedir un par de onzas?

ANA. De ningún modo. Primero me moriría de hambre. EST. El nos estima y es generoso. Se trata de una corta cantidad.

ANA. No lo consentiré.

EST. Oh! Esa es demasiada delicadeza. Voy, á ponerle una esquelita...

ANA. Desventurado! ¿Qué vas á hacer? Ese dinero que tratas de pedirle creará que es el precio de tu deshonor.

EST. Qué dices!

ANA. Sí; don Diego es un perverso que ha querido abusar de nuestra situación. Desde que intentó darme la sortija empecé á sospechar de él.—No te lo quise decir por no afligirte. Pero ¿quién le había de creer capaz de atentar con tanto descaro á nuestro honor?... ¡Infame!... Ya le he prohibido para siempre pisar estos umbrales.

EST. ¿Dirás ahora que mis recelos eran infundados? Dirás ahora que soy impertinente y ridículo?

ANA. Puedo jurarte que jamás le he dado pié para semejante osadía.

EST. Lo creo: nunca he dudado de tu virtud. Pero á ese libertino, á ese depravado seductor yo le haré arrepentirse de su temeridad.

ANA. ¡Por Dios no le digas nada! Mira que comprometes nuestra opinión.

EST. ¡Ah! Y para mayor tormento le soy deudor de una suma que no me es posible pagarle!

ANA. No te aflijas por eso: venderé alguna de mis joyas.

EST. No podemos disponer de ellas. El otro día las empeñé todas.

ANA. Lo siento únicamente por el compromiso en que estamos... Pero aún me queda un arbitrio. ¿En cuánto estimó la sortija?

EST. En cien duros.

ANA. Dentro de poco los tendrá en su poder. Venderé mi piano.

EST. ¿Cómo he de sufrir que te prives de una diversión inocente, la única que podré proporcionarte después de la completa ruina que estoy llorando?

ANA. Sí; es preciso. Algun día podremos comprar otro. Entre tanto me consolaré con haber salvado tu reputación.

ESCENA XXIV.

DON ESTEBAN.

¡Pobre Anita! Jamás olvidaré esta fineza. Suscribo á ella bien á pesar mio.—Y el caso es que ahora más que nunca me urge recobrar lo perdido.—Si pudiera yo evitar que se deshiciese del piano... Vendrán sus amigas; lo echarán de menos, y será una vergüenza... Sí; hagamos el último esfuerzo. Puede ser que apuntando sea más feliz—Y con qué apunto? Todos mis recursos se han agotado.—Don Justo... ¡Eh! ¿Cómo me he de atrever á pedirle dinero para jugar?—Apelemos otra vez á Cosme. Es preciso que tenga más dinero. El va á comprar, y el exorbitante gasto de mi casa sin duda habrá tentado su fidelidad.—Pero, ¿descenderé segunda vez á semejante humillación?... ¡Así lo quiere mi suerte!—(*Llamando.*) ¡Cosme!—E' debe estar me agradecido, y si tiene alguna buena cualidad es lá de ser sigiloso.

ESCENA XXV.

DON ESTEBAN, COSME.

EST. ¿Tienes algún dinero reservado? No me lo niegues. Cos. Ni un cuarto. Ya le di á usted lo que tenía.

EST. ¿De veras?

Cos. Si usted no me cree, aquí está la llave del arca.

(¡Buen cuidado he tenido de ponerlo en salvo por lo que pueda tronar!)

**Est.** El caso es que don Cipriano me espera... Yo no quisiera cansar á ninguno de mis amigos, y además el socorro vendria tarde.

**Cos.** ¡Ah! ¡Qué idea tan feliz! Puedo darle á usted una alhaja de valor para que juegue sobre ella.

**Est.** Sí? ¿Y qué es?

**Cos.** La repetición de don Justo. Mire usted, aquí la tengo. (*La enseña.*)

**Est.** ¡Pícaro! ¿Te has atrevido á tomar...

**Cos.** No, señor: acaba de dármele para llevarla á componer.—Aunque se pierda y no sea posible rescatarla en algunos dias, no le hace. Si pregunta por ella, le diré que está aún en casa del relojero.

**Est.** (¿Qué haré?)

**Cos.** ¿Le ha de durar á usted eternamente la mala suerte?

**Est.** No me atrevo.

**Cos.** Con ella se puede usted desquitar.

**Est.** Tienes razon... La comprometeré en una onza y nada más... Dámela. (*La toma temblando.*) (No sé donde estoy... Si Dios no me ayuda... qué horroroso porvenir!)

## ESCENA XXVI.

COSME.

Ahora tendrá que gratificarme para que calle, y se aumentará el trapillo que estoy haciendo con mis sisas.—Yo debería ser más fiel..., pero... ¡ya se ve; eso de tener uno obligaciones... Aquella pobre muchacha á quien tengo dada palabra de casamiento ¿qué diria de mí si la abandonase? Y más cuando media... Oh! Seria una infamia.—Pero para casarme es indispensable hacer antes algun caudalillo... Si yo emplease mal lo que voy agenciando se me podría culpar; pero á excepcion de algunas botellas que me bebo con cuatro amigos, todo lo demás lo guardo religiosamente.—Ni es cosa de que esto dure toda la vida. En reuniendo cinco ó seis mil realitos deo de servir, y por consiguiente de sisar; me caso con mi morena; con mis ahorros y los suyos pongo un bodegon, y viviremos como buenos cristianos.

## ACTO TERCERO.

## ESCENA PRIMERA.

DON ESTEBAN, DON CIPRIANO.

*Va oscureciendo gradualmente.*

**Est.** Espere usted...

**Cip.** ¿A qué tengo de esperar? Todo el mundo se ha marchado ya. Demasiada complacencia he tenido. Ahora va de veras. Usted es muy vicioso, don Estéban. Yo tengo otras ocupaciones más sérias á que atender. En una palabra, no quiero jugar más.

**Est.** Si yo no digo que juegue usted!

**Cip.** ¿Pues qué es lo que usted quiere? ¿Que le dé conversacion? Váyase usted al café; con eso, si por casualidad le ha quedado media pesetilla en el rincon de algun bolsillo, puede usted tomar un vaso de naranja y refrescarse la sangre, que por fuerza la ha de tener acalorada.

**Est.** ¿Está usted haciendo mofa de mí? ¿Cree usted que la desgracia es capaz de abatirme hasta el extremo de sufrir que me insulten?

**Cip.** ¿Se ha picado usted? ¡Qué simpleza! Yo creí que tenia usted más correa. Vaya; mi ánimo no es irritar á nadie. Soy moro de paz. Una cosa es que yo tenga buen humor, porque he ganado...

**Est.** Ya, pero podia usted reflexionar que no debe estar para chanzas el que ha perdido.

**Cip.** Vamos; ¿qué se ofrece?

**Est.** Mire usted, don Cipriano: en dinero efectivo y alhajas he perdido desde esta mañana, sin levantar cabeza cerca de diez mil reales.

**Cip.** En efecto. Hoy no ha estado usted de número.

**Est.** Casi todo lo ha ganado usted.

**Cip.** Mi fortuna me ha valido (y mi industria.) Adelante. (*Este me va á atacar.*)

**Est.** Mis reiteradas y considerables pérdidas me han puesto á veces en la precision de contraer deudas...

**Cip.** Deudas? Quién se apura por eso? Yo tengo más que pelos en la cabeza. Debo á los criados, al sastre, al agudor, al barbero, al tabernero, al tendero, al casero, al carnicero, y á todos los acabados en ero. Todo el dia están llanando *ingleses* á mi puerta, tanto que ha sido preciso quitar la campanilla porque no ganábamos para tiradores. Pero ya me he llegado á familiarizar tanto con las deudas, que no sé vivir sin ellas. Y luego, ¿será extraño que las tenga un perdulario como yo, que vive sobre el país, cuando tantos señorones de alto copete están entrampados hasta los ojos? Adelante.

**Est.** No hace mucho tiempo que tenia mi casa muy bien equipada; pero la maldita suerte me ha obligado á deshacerme de los mejores muebles...

**Cip.** ¿Y se aflige usted por esa bagatela? Pues habia usted de ver mi casa. Parece escuela de danzantes. Allí no hay siquiera dónde sentarse: ni sábanas, ni manteles, ni nada. Vamos; casa de jugador! Un dia que se quedaron á comer tres amigos míos, tuvo que sentarse mi mujer en el tajo y uno de mis hijos en el fregadero. En los pocos trastos que hay está siempre de guarnicion el regimiento de Chinchilla. Tengo una mesa perlática, media docena de sillas baldadas, un cofre sarnoso, un espejo virolento donde se peinan las chicas, y dos ó tres camas energúmenas. Adelante.

**Est.** (Paciencia. No quiero exasperarle. Todo lo aguantaré con tal de recobrar la repetición.) Todos mis bienes consisten en la casa donde habito, que si estuviera desempañada me produciria para pasarlo tal cual; pero me han embargado los alquileres...

**Cip.** Pues yo no tengo ni casa, ni hogar, ni viña ni barbecho. *Omnia mea mecum porto.* Pero no obstante, yo me la sé buscar... y si no hago una figura brillante en la sociedad, ni tengo la ventaja de ser un gran propietario, á lo menos como y bebo sin fatigarme, y estoy exento de contribuciones. Adelante.

**Est.** Si yo fuera solo, ningun revés de la fortuna me desanimaria; pero tengo mujer, tengo tres hijos...

**Cip.** Nada más que tres? Yo tengo nueve como nueve tigres que me comen un costado, y mi mujer lleva trazas de regalarme otros tantos. La maldita de cocer no tiene habilidad para otra cosa. Adelante.

**Est.** Yo estoy ya firmemente resuelto á retirarme del juego. He visto las orejas al lobo, y conozco que la suerte no me llama por este camino.

**Cip.** Bien hecho. Usted no es para el caso. Adelante.

**Est.** Pero como la reputacion es el bien más apreciable para el hombre honrado, quisiera...

**Cip.** Dinero... Perdone usted por Dios. Yo no presto á un hombre acosado de acreedores, que se ha deshecho de los mejores muebles, á quien le han embargado los alquileres de la única finca que posee, que tiene mujer y tres hijos, y que ha visto las orejas al lobo.

**Est.** Señor don Cipriano, compadézcase usted de mí. No le pido á usted dinero para alimentar un vicio que ya detesto. Me contento con que me devuelva usted la repetición, obligándome á pagar...

**Cip.** ¡La repetición! Es cosa muy singular. ¿Quiere usted lucirla ahora que no tiene que comer?

EST. (Ya se me acaba el sufrimiento.) No es eso: yo la necesito...

CIP. Yo también. Aquí donde usted me ve, me gusta como á cualquiera el saber qué hora es sin preguntárselo á nadie.

EST. Si usted no me la da, soy perdido.

CIP. ¿Qué me importa á mí?... Pero tanto empeño en recordar esta albaja... Me hace usted sospechar...

EST. Sí, señor: usted sospecha bien. La repetición no era mía.

CIP. ¡Cómo! ¿Tiene usted tan poca delicadeza que se juega lo que no es suyo?

EST. Baje usted la voz.

CIP. No quiero bajarla. Así perdemos unos por otros. Así tenemos tan mal concepto los jugadores.

EST. Baje usted la voz, le digo; ó no respondo de mí. Yo sé bien que he procedido mal; pero ninguno menos que usted tiene derecho para echármelo en cara.

CIP. ¡Lo que puede el vicio! ¿Y es usted el que blasona de caballero? No vuelva usted á acompañarse conmigo. Le prohibo expresamente que me salude.

EST. Don Cipriano!

ESCENA II.

DON ESTÉBAN, DON CIPRIANO, DOÑA GERÓNIMA.

GER. ¡Qué gritos son esos! Fuerte trabajo es que no le han de dejar á uno descansar un rato y reposar la comida.

CIP. ¡Pero, señora, si ya está anocheciendo! (Se sienta don Estéban y manifiesta sumo abatimiento.)

GER. No le hace. Hoy necesitaba yo dormir una siesta larga, por dos razones: la primera porque me levanté de la mesa toda inflamada. Ya se ve! Como hice bastante ejercicio por la mañana, comí con muy buen apetito, gracias á Dios. Y la segunda porque mañana tengo que madrugar para disponer la comida que pienso dar en celebridad de mi cumpleaños.

CIP. ¡Ah! sí, es verdad. No me acordaba. Mañana se lucirá usted.

GER. No tanto como quisiera. Pero nos habrémos de conformar con estas circunstancias tan anti-gastrónomas. Oh! en vida de mi difunto era otra cosa... Como tenía el mismo carácter que yo, y era mayordomo de un duque que no le pedía cuentas, porque no sabía ajustarlas, no le dolía gastar. ¡Pobrecillo! Murió de apoplejía.

CIP. Con todo, usted, que es tan rumbosa, tratará bien á sus convidados.

GER. Son todos de confianza. Se trata de una comida frugal. He comprado un par de jamones dulces, tres pavos, dos cochinitos, una docena de perdices, otra de pichones, algunos pescados de los mejores, un lomo de vaca...

CIP. ¡Don Estéban! ¿Qué hace usted hay tan cabizbajo! ¡Voto va!... Es menester tener más espíritu. ¿Quiere usted jugarse esos jamones, esos pavos, esos cochinitos, esas perdices, esos pichones, esos pescados y esa vaca de doña Gerónima?

GER. ¿Qué, qué dice usted? (¡Estoy temblando!)

EST. Máchese usted, don Cipriano, máchese usted y no apure mi paciencia.

GER. El diablo tentador es usted. Sí; ¡como necesita él tanto!...

EST. (No se cómo no me ahoga el despecho.)

GER. ¿Está usted empecatado?... Propóngale usted que se juegue las sillas, y las mesas, y la cama, y la camisa y el pellejo antes que tocar al sagrado de mi despensa.

CIP. Yo haga usted caso, don Estéban. Lo que usted debe procurar es desquitarse, y más que se tire de los pelos. Ea! Le abonaré á usted por esas provisiones la mitad de su valor...

EST. (Levantándose.) Si no toma usted la puerta antes de dos minutos le rompo la cabeza. Bribon, estafador, tunante!...

CIP. Mire usted cómo habla.

EST. (Empujándole.) Quítese usted de mi vista. Ya no puedo reprimir mi cólera. (Teresa trae luces, las deja y se retira.)

CIP. ¡Poco á poco!

GER. (Empujándole también.) ¡Fuera, fuera de aquí!... ¡Fullero, embrollon, perturbador de convites!

CIP. Yo sé andar; no necesito que ustedes me ayuden... Con permiso de ustedes... Soy su más humilde criado... Ustedes manden... (Lo que yo quisiera es pillar cada día un primo como este, aunque me echara después á empujones de su casa.)

ESCENA III.

DON ESTÉBAN, DOÑA GERÓNIMA.

EST. Estas son las consecuencias del lujo, de la profusión, del desorden.

GER. Estas son las consecuencias del maldito juego.

EST. Verémos ahora con qué satisface usted esa gula bestial.

GER. Verémos ahora cómo das de comer á tu familia después que la has dejado por puertas.

EST. ¡Nunca hubiera yo conocido á usted!

GER. ¡Nunca te hubieras casado con mi hija!

EST. Pues en adelante es menester no volver á pensar en golosinas. Gracias que tengamos sopas. Basta de afrentas. Es preciso vivir de otro modo.

GER. Tu mujer y tú sois los que necesitáis enmendaros; yo no. El jugar es un crimen, el usar trajes suntuosos cuando hay pocos medios es una locura; pero nadie ha reprobado hasta ahora el comer bien.

ESCENA IV.

DOÑA GERÓNIMA, DON ESTÉBAN, DOÑA ANA.

ANA. ¿Qué es eso, madre? ¿Por qué grita usted tanto?

GER. Porque tu caro esposo se empeña en que hemos de pagar sus pecados. Quiere reformar el gasto de casa y...

ANA. Nada más justo cuando vemos que es imposible sobrellevarlo.

GER. Todo lo hace porque es un haragan que no quiere armar el hombro á nada. Hay otros que nunca se amilanan por más golpes de fortuna que reciban, y sacan oro de las piedras; ¡pero este! No he visto mueble más inútil. No sabe más que jugar, perder, y gruñir.

EST. ¿No se cansa usted de insultarme? ¿Le parece á usted que no tengo bastantes motivos de aflicción sin que me atormente usted con sus improperios?

ANA. Tiene razón; en lugar de consolarle...

GER. ¿Consolarle? ¡Pues lo merece el niño! Mira qué consuelo me da á mí. ¡Quererme apretar el corbatín!...

ANA. Calle usted.

GER. ¡Pesarme por onzas la comida!...

EST. ¡Señora!...

GER. ¡Tratarme como á un perro!...

EST. Quiere usted obligarme...

ANA. Pero, madre... ¡Qué poca caridad!

GER. Menos tiene él con nosotras. ¡Cómo se entiende! Ultrajar de ese modo á su señora madre política! ¡Al fin jugador! Con esto se dice todo. Allí entre la mugrienta bayeta, las malditas barajas, el tufo de las velas de sebo, los hediondos alientos de cincuenta vagos apiñados, que la mayor parte se mudan de tres en tres meses, los gritos, los cigarrazos, las palabrotas y las maldiciones; allí adquieren esos modales insultantes y groseros; allí se

podren las entrañas; allí se llenan de bilis y luego vienen á descargarla sobre sus familias inocentes.

ANA. ¿No callará usted, señora?

GER. Porqué han de ser mis tripas responsables de sus excesos?

EST. (*Fuera de sí.*) Dice usted bien. Yo solo tengo la culpa de mi desventura; yo no tanto porque he jugado, como por no haber tenido carácter desde el primer día para poner orden en mi casa. Me avergüenzo de mi criminal complacencia; detesto mi ignorancia, detesto mi ceguera y me detesto á mí mismo. ¡Ah! Mi destino se fijó. Cumplámosle; sí. Yo no puedo sobrevivir á mi fortuna y á mi honra.

ANA. (*Deteniéndole.*) ¡Dios mio! ¿Qué vas á hacer?

EST. Déjame.

ANA. Triste de mí! — Don Justo! Don Justo!

EST. Desgraciada! No le llames. Su vista va á colmar mi desesperacion.

#### ESCENA V.

DOÑA GERÓNIMA, DOÑA ANA, DON ESTEBAN, DON JUSTO.

EST. Ah! (*Al ver á don Justo se cubre el rostro con las manos y hace un movimiento para huir: doña Ana le detiene.*)

ANA. Señor don Justo, por Dios no se separe usted de mi marido. Me estremece su furor.

JUS. Cómo! Será usted capaz...

EST. No; tranquilicense ustedes. Mi furor á nadie será funesto sino á mí mismo.

JUS. ¿Qué ideas son las de usted, don Estéban? Me horro-rizo. Vuelva usted en sí, amigo mio. Si como presumo, son dichas esas palabras por un íntimo remordimiento de sus errores, no haga usted tan mal uso de una obra del cielo dirigida únicamente á su bienestar. Nada pierde el hombre si conserva su confianza en aquella Providencia que á ninguno desampara.

EST. (No puedo sostener sus miradas.)

JUS. Siempre que usted se resuelva á no volver á jugar...

EST. ¡Jugar yo! Harto escarmentado estoy ya. Hora de maldicion fué para mí aquella en que lo intenté por la primera vez.

JUS. (Aprovechemos tan feliz disposicion.) Señoras, podré merecer un favor de ustedes?

ANA. Yo estoy pronta á cualquier sacrificio por el bien de mi esposo.

JUS. Así lo creo de la buena índole de usted. Cuanto deseo por ahora es que me dejen ustedes un rato á solas con él.

ANA. Bien está. Vámonos, mamá.

GER. Sí, vámonos. (Mientras ellos se están filosofando, yo voy á mercendarme una perdiz y la crema que sobró de al medio día.)

#### ESCENA VI.

DON JUSTO, DON ESTEBAN.

JUS. ¿Está usted en su juicio, don Estéban? Con que ¿quería usted quitarse la vida?

EST. La vida es un peso insoportable para mí. ¿No vale mil veces más morir que arrastrar sus días en la amargura, el oprobio y la indignancia?

JUS. Qué máximas! ¿Ama usted á su mujer? ¿Ama usted á sus hijos?

EST. ¡Si los amo! ¿Y usted puede dudarlos? De dónde nace mi desconsuelo, de dónde mi tormento y mi misma desesperacion sino del amor entrañable que les tengo?

JUS. ¡Ama usted á su familia y quería abandonarla! ¡Y no teniendo otro amparo que el de usted sobre la tierra intentaba darse la muerte!

EST. ¿Cómo he de tener corazon para verla perecer?

JUS. ¡Perecer teniendo usted los brazos con que trabajar para sustentarla! ¿Eso dice un padre?

EST. Ah! Me confunde usted...

JUS. Hombre injusto y temerario! Qué delito ha cometido esa infeliz familia para condenarla á la desolacion y á la orfandad? Lloro usted?... Vamos; ya no hay que echarse en el surco. Animo!... Lo pasado ya no tiene remedio: olvidarlo y vida nueva.—Usted, por lo visto, ha apurado ya todos los recursos...

EST. Todos me los han devorado aquellos infames.

JUS. ¡Cómo ha de ser! Siempre que le quede la estimacion...

EST. La estimacion! Ah!

JUS. ¿Qué exclamacion es esa? Habrá cometido usted por desgracia alguna bajeza?

EST. Sí señor; ni debo ni puedo ocultarlo. Mi propia acusacion sea mi primer suplicio. Oigala usted y aléjese luego de un hombre indigno de su amistad. (*Se arro-dilla á los piés de don Justo.*)

JUS. (*Queriéndole levantar.*) ¿Qué hace usted?

EST. No; no me levantaré hasta que riegue con mis lágrimas estas redillas.

EST. Pero, qué ha hecho usted que tanto...

EST. He jugado... y... perdido... la repeticion de usted.

JUS. ¡Oh! Yo pensaba que era otra cosa. Me habia usted puesto en cuidado. Cuanto yo poseo es de mis amigos, y usted me ha dado una prueba de serlo disponiendo de esa alhaja. Vamos; levántese usted. Yo no consiento...

EST. Cosme me la ofreció y yo, con la esperanza de desquitarme...

JUS. No hablemos más de eso, que me avergüenzo.—Vaya; levántese usted, ó reñimos. (*Le hace levantar y le abraza.*)

EST. ¡Hombre generoso!

JUS. ¿Ve usted lo que es el juego? ¿Conoce usted ahora sus peligros? El que llega á cebarse en él, pierde el dinero, la tranquilidad, la salud, y por último el decoro y la probidad.—No es decir que el infortunio de usted se haya extendido á tanto; pero, no puedo menos de decirlo, ya estaba usted á dos dedos del precipicio.

EST. ¡Y yo tan ciego, tan fascinado que cerraba siempre los oídos á las amonestaciones de mi único amigo!

JUS. Pensemos seriamente en la enmienda y olvidemos lo demás. Usted tambien es tan apocado!... Yo sé que de todo su patrimonio lo único que le queda á usted es esta casa. ¿Está muy empeñada?

EST. Parte de los alquileres los tengo embargados judicialmente y me han adelantado el resto... En más de dos años no percibiré un maravedí.

JUS. ¿Pero, puede usted disponer del cuarto en que habita?

EST. Sí, señor.

JUS. En cuánto se podría alquilar?

EST. Como tiene tantas comodidades y está en el centro, siempre ha sido muy estimado. En la hora que quiera tengo quien le tome en diez y ocho reales diarios.

JUS. ¡Hola! ¿Y temia usted que pereciese su familia? ¿Cuántas hay tan honradas como la de usted que se mantienen con menos!—Ahora, si cuenta usted tambien entre sus obligaciones el sostener cuatro criados y peluquero, y maestro de música...

EST. Ya veo que conviene despedirlos.

JUS. No diga usted conviene; diga usted que es indispensable.—Vaya, ¿quiere usted tomar mis consejos?

EST. Los seguiré al pié de la letra. Siendo de usted no pueden dejar de ser buenos.

JUS. Pues, señor don Estéban, hablemos claros. El que no ha tenido cordura para conservar sus bienes, es menester que sepa resignarse á ser pobre.



Est. Yo bien resignado estoy; pero mi mujer...

Jus. Las mujeres están obligadas á sufrir sin murmurar la suerte de sus maridos, por mas triste que sea, cuando no está en mano de ellos el remediarla. Además, doña Ana tiene un excelente fondo, y yo me equivoco mucho, ó léjos de oponerse á una reforma saludable y precisa, encontrará en la práctica de las virtudes domésticas el consuelo de la adversidad.

Est. Pero mi suegra; esa mujer imprudente...

Jus. Esa mujer imprudente tendrá que recibir la ley de quien le da de comer; y si no le acomoda, que se vaya. Créame usted, don Estéban, si usted tiene carácter su suerte aún no es desesperada; si no, cuéntese usted por perdido.

Est. ¡Oh! sí. Tendré carácter: usted lo verá. Demasiado tiempo he estado haciendo en mi casa un papel ridículo.

Jus. Lo primero que usted debe hacer es despedir á los criados.

Est. Sí; los despediré.

Jus. Y sobre todo á ese Cosme que precisamente ha de ser un solemne bribon.

Est. Demasiado lo conozco. ¿Quién sino un pícaro se hubiera atrevido á proponerme la vileza que he tenido la desgracia de cometer?

Jus. Ya le he dicho á usted que no vuelva á poner en boca semejante cosa —¿Debe usted algo á los criados?

Est. Todos están satisfechos de sus salarios hasta fin de mes. Pero entre muchas debilidades á que me ha arrastrado el vicio del juego, cuyo recuerdo me cubre de rubor, hoy he incurrido en la de pedir dinero á Cosme.

Jus. Bien. ¿Cuánto le debe usted?

Est. Es muy poco: cuatro duros. Le diré que vuelva por ellos dentro de unos días.

Jus. No, señor. Es preciso dárselos hoy en el acto de despacharlo. Tome usted.

Est. ¿Para qué? Deje usted... El esperará...

Jus. Tómelos usted; no sea niño. ¿Le dará á usted más vergüenza el recibir esta pequeñez de mano de un amigo que verse en la imposibilidad de despedir á un criado por no poderle pagar?—Lo que hace usted luego es desocupar este cuarto y tomar otro aunque sea algo retirado que rente á lo sumo una peseta. Así le que'ará á usted con que vivir interin consigue desempeñarse. Yo espero de un momento á otro á mi familia, y sabe usted que tengo casa buscada para cuando llegue; por consiguiente necesitan ustedes una habitación menos.

Est. ¡Cuánto siento que se separe usted de nosotros!

Jus. Es preciso; pero no por eso dejarán ustedes de tener en mí un buen amigo, dispuesto siempre á hacerles todo el bien que pueda.

Est. ¡Mi querido don Justo!

Jus. Ahora que por fin ha reconocido usted sus yerros y le veo decidido á repararlos; ahora que no vivirá usted envilecido entre esos tahures, escoria de la sociedad, podrá renovar sus antiguas relaciones que el vicio le habia hecho perder, y adquirir otras nuevas. Por este medio, y siendo usted un jóven de talento, no le será difícil procurarse una ocupacion honesta con utilidad de su familia; y quien sabe... Usted que ha tratado con jugadores, conoce á alguno que se haya jugado su suerte?

Est. Señor don Justo, yo he vivido en tinieblas hasta ahora. Usted me ilumina con sus oportunas y sábias reflexiones. ¡Usted me da la vida!.. Yo le prometo á usted marchar resueltamente por la senda que me ha trazado, y usted va á ser testigo de mis primeros pasos.—¡Teresa!—Ahora se verá si soy capaz ó no de tener teson.

ESCENA VII.

D. ESTEBAN, D. JUSTO, TERESA.

TER. Qué manda usted?

EST. Dí á tus señoras que vengan, y dentro de un rato preséntate aquí con los demás criados.

TER. Está muy bien. (Mal me huele esto. Milagro será que no pongamos todos piés en polvorosa.)

ESCENA VIII.

DON ESTEBAN, DON JUSTO.

Jus. Pocas palabras y con dignidad: no admita usted réplicas.

EST. Pierda usted cuidado. Se hará lo que yo mande y nada más.

Jus. Sobre todo no hay que transigir con la vieja.

EST. Oh! Yo haré que se respete mi autoridad, ya que hasta ahora por ser yo un mándria todos han mandado en esta casa menos el amo.

ESCENA IX.

DON ESTEBAN, DON JUSTO, DOÑA GERÓNIMA, DOÑA ANA.

GER. ¿Qué hay de nuevo? ¿Para qué nos llamas?

EST. Ahora lo verá usted.

ANA. ¿Estás ya más tranquilo?

EST. Sí, querida mia, gracias á los buenos oficios del señor don Justo.—Sentémonos si á ustedes les parece. (*Se sientan.*)

GER. ¿Será cosa de hacernos bostezar ahora con alguno de tus fastidiosos sermones, despues que has perdido hasta la crisma?

EST. Hágame usted el favor de enfrenar su lengua y escucharme con atencion.

GER. ¡Pues! Querrás proponernos algun plan de economía dictado por el Licurgo de don Justo...

Jus. El Licurgo de don Justo no se mete con usted, señora, ni consentirá que usted le injurie.

GER. Aquí no necesitamos planes, sino dinero.

ANA. ¡Madre!

EST. Por la última vez suplico á usted que calle.

GER. Qué es eso de callar? Dónde estamos? Si querrás tú venirnos á...

EST. (*Se levanta.*) ¡Silencio! En mi casa nadie grita sino yo.

GER. (*Asustada.*) ¡Ave María!

Jus. (*En voz baja.*) Bravo, don Esteban! Así me gusta.

EST. (*Vuelve á sentarse.*) Es inútil dar á ustedes un mal rato y afligir me yo mismo recordando el desórden pasado. Todos hemos tenido nuestra buena dosis de culpa, y por lo mismo todos estamos sujetos á la pena. Échese un velo á lo pasado; armémonos de constancia y resignacion en el infortunio presente, y sobre todo principiemos una vez á pensar en el dia de mañana. Me parece que no tendré que esforzarme mucho para probar la absoluta necesidad de una reforma radical. Yo estoy resuelto á realizarla, y debo creer que mi esposa y su señora madre no se opondrán á ella; antes me ayudarán á llevarla á efecto por cuantos medios estén á su alcance.

ANA. Esposo mio, ¡cuán cierto es que la adversidad es el mejor maestro! Justo es que yo la lleve con paciencia, ya que ciega y sin reflexion he contribuido á atraerla sobre nosotros por no dominar la pasion del lujo, cuyos deplorables efectos veo ahora tan de cerca. Mi desengaño es tardío, pero íntimo y seguro. No disculparé mis faltas pasadas; pero el cielo me es testigo de que en medio del gran mundo, entre las galas y los frívolos pasa-

tiempos donde he buscado una quimérica felicidad, nunca he cesado de amarte. Por lo mismo, no necesito otro estímulo que mi ternura para someterme gustosa á todas las privaciones que mi marido y las circunstancias me impongan.

EST. ¡Mi adorada Anita! Tú merecías una suerte más dichosa. ¡Que no tuviera á mi disposición mil tesoros para ofrecerlos á tus piés!

ANA. Tu cariño es el tesoro más apreciable para mí.

GER. Me toca á mí ahora? Pues, señor; yo, siempre que no se haga novedad...

EST. Espere usted, que vienen los criados. Los despacharé y luego hablaremos.

### ESCENA X.

DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA, DON ESTEBAN, DON JUSTO, TERESA, OTROS DOS CRIADOS.

EST. ¿Por qué no viene Cosme?

TER. No está en casa. Salió á un recado de la señorita...

EST. Bien: quedo enterado. (*A los dos criados.*) Estais despedidos. Ninguna queja tengo de vosotros: pero en el día no os puedo sostener. Nada os debo; idos con Dios.

(*Vanse los dos criados.*)

ANA. Teresa, tú tambien te puedes ir. No te necesito.

TER. Señora!...

EST. No; eso no. ¿Te has de quedar sin una criada siquiera que te descansé en las ocupaciones de casa...

ANA. No importa. Es indispensable despedirla. En nuestra situación seria un cargo de conciencia el conservarla. El pan que le diéramos seria forzoso quitárselo de la boca á nuestros hijos.

JUS. (*Me enternezco demasiado. No puedo contener las lágrimas.*)

EST. Dios sabe con qué pena consiento en que se vaya.

ANA. No hay motivo para apesadumbrarse por eso. Entre mi madre y yo somos más que suficientes para atender á las faenas de una casa pobre.

GER. No, conmigo no hay que contar. Al cabo de mis días ¿quieres que me reduzca á ser una fregona?

ANA. Ah! Perdóne usted: como la veo ágil y robusta, creí que no se desdeñaria usted de ayudarnos en algo; pero eso es lo de menos. Yo sola gobernaré mi casa, que otras tan buenas como yo lo hacen.

TER. Mire usted, señorita: yo serviré aunque sea sin salario. ¡La quiero á usted tanto!

ANA. Mil gracias. Yo me pasaré muy bien sin tu cariño. Te conozco mejor de lo que piensas. El señor don Diego de quien tantos elogios me hacías, y que regularmente te habrá hecho bastantes regalos, te proporcionará un buen acomodo.

TER. Señora, yo...

ANA. Basta. He abierto ya los ojos. Si alguna vez me hallo en disposición de recibir una criada, me guardaré mucho de ella y no se acercará á mí sino para servirme.

TER. Como don Diego era amigo de usted...

ANA. Lo ha sido hasta que he visto su modo de pensar. Sin embargo, no disculpo mi error en haber sostenido su amistad aún antes de conocerle por un licenciado; porque ahora veo que en el concepto de las gentes habrá pasado por mi cortejo, y, digan lo que quieran otras que no piensan con tanta delicadeza, y de cuyo pernicioso ejemplo me he dejado llevar hasta cierto punto, una mujer casada no debe tener más amigo que su marido.

### ESCENA XI.

DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA, DON ESTEBAN, DON JUSTO, TERESA, COSME.

Cos. Señor, ¿no sabe usted lo que pasa? Don Fermin y otros jugadores de profesion de los que han estado hoy en casa van caminando en este momento á la cárcel.

EST. Pues, ¿qué han hecho?

Cos. Toma! Lo que siempre: jugar. Verá usted. El ama me envió á casa de don Diego con orden de entregarle dos mil reales que me dió. Fuí; el criado me dijo que no estaba y que le encontraria en casa de esa señora andaluza que tiene unas muchachas muy bonitas, que la llaman tia. ¿No sabe usted quién es?

EST. Ni me importa saberlo.

Cos. ¡Si es más conocida que la ruda! Pues, señor, subí, y efectivamente allí estaba mi hombre retozando con una de las niñas, y don Cipriano y comparsa jugando. Le entregué la mosca y me largué más que de paso. No bien llego á la esquina cuando cate usted que veo venir á un Comisario de policía con su ronda. Al instante presumí adónde iban. Me paro á observar, y dicho y hecho. A todos los han pillado en el garlito, excepto á don Cipriano y á don Diego que han tenido la fortuna de escaparse.

EST. ¡Precisamente los más bribones!

Cos. ¡Caramba! Si acierta á venir aquí la policía... ¡De buena hemos escapado!

JUS. A la corta ó á la larga todo pícaro lleva su merecido.

Cos. ¡Y qué verdad es esa!

JUS. Pues aplícate la lección.

Cos. ¿Eh? Yo soy hombre de bien á carta cabal y...

EST. Sí; tú serás un santo; pero no te quiero á mi lado.

Cos. ¿Se burla usted?

EST. No: toma los cuatro duros que te debo y en seguida la puerta.

ANA. Y tú ¿qué haces aquí todavía? Ya podías haberte marchado.

Cos. (*A parte con Teresa.*) ¿Qué es esto, Teresa?

TER. Bien claro está: que nos despiden.

Cos. Pues, señor, ... que ustedes lo pasen bien. (*A parte á Teresa yéndose los dos.*) Chica, no te pese, porque aquí ya poco se podría chupar.

EST. Un mal criado es el mayor castigo... (*Ruido dentro como de haber tropezado en algun mueble.*) ¿Qué ruido es ese? ... ¡Dos hombres!

### ESCENA XII.

DON JUSTO, DON ESTEBAN, DOÑA GERÓNIMA, DOÑA ANA, DON CIPRIANO, DON DIEGO.

(*Don Diego y don Cipriano entran corriendo y sobresaltados.*)

CIP. No se asusten ustedes, que no somos ladrones: somos jugadores perseguidos por la justicia.

EST. ¿Qué veo!

DIE. ¡Don Estéban!—Feliz ha sido nuestra suerte en haber dado sin saberlo con esta casa.

GER. ¡Hola! ¡El que conspiraba contra mis víveres!

EST. (*¡Su presencia me enciende en ira!*)

CIP. Don Estéban, para ocasiones como estas son los amigos. Ya sabe usted que lo soy yo suyo de corazón. Dígalo la condescendencia heroica con que le he estado haciendo á usted todo el día la partida para darle desquite.

EST. ¿Para darme desquite? ¡Miserable!...

ANA. (*A parte á don Estéban.*) No te irrites, despréciale.

Jus. En suma, ¿qué quieren ustedes?  
 CIP. Estábamos jugando no lejos de aquí. Nuestro mayor enemigo la policía, ha entrado de sorpresa. El señor y yo hemos podido escaparnos. Desde un balcon hemos saltado á un patio; de allí á otro; de este á una cuadra; de la cuadra á un jardin; del jardin al patio de don Estéban; y si una escalera benéfica no nos hubiera dado paso trompicando y cayendo hasta esta sala, me parece que de salto en salto vamos á parar á las Vistillas de San Francisco. Válganos este sagrado. Déjenos usted escondernos en la guardilla, en el sótano, aunque sea en la carbonera.  
 Est. No; de ningun modo. Yo no albergo en mi casa á semejante canalla.  
 Jus. Mejor seria avisar á la justicia...  
 DIE. ¡Cómo! Tendria usted tan malas entrañas...  
 Jus. Cada uno entiende la caridad á su modo, señor mio. Mientras ustedes vivan en un presidio habrádos tahures, dos pillos menos en Madrid.  
 CIP. (¡Qué amable señor!)  
 DIE. ¡Qué es eso de pillo, de tahir? Yo me he retirado dias hace del juego...  
 Est. Para entregarse á la disolucion, para convertirse de fullero en seductor... Pero no se diga que abuso de la situacion de usted para insultarle, nos veremos  
 ANA. (Aparte á don Estéban.) ¡Estéban! ¿Qué haces? Quieres comprometerme? .. Olvídalo todo, querido mio. Perdónale como yo le perdono. Señores, aunque parezca mal entendida mi compasion, no quiero que digan ustedes maldiciendo mi casa que en vano se acogieron á ella en un peligro. Aquí no pueden ustedes esconderse sin exponernos, y esto seria exigir demasiado de nosotros; pero supuesto que mi portal da á otra calle...  
 DIE. No diga usted más que los momentos son preciosos. Salgamos de aquí.  
 CIP. Quién nos abre?  
 Est. Síganme ustedes. (Parten acelerados.)  
 GER. Ahora veremos si mi señor yerno se atreve á reglamentar mi estómago. (Dentro ruido y voces. Vuelven corriendo don Cipriano y D. Diego perseguidos por la ronda de policía, que los prende en la escena.)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA, DON ESTÉBAN, DON JUSTO DON CIPRIANO, DON DIEGO, EL COMISARIO, la Ronda.

GER. ¿Qué tropelía es esta?  
 DIE. ¡Somos perdidos!  
 CIP. Piés, ¿para qué os quiero?  
 COM. En nombre del rey, dénse ustedes prescs.  
 CIP. (Caimos en el garlito.)  
 DIE. Sepamos en qué hemos delinquido para...  
 COM. En la cárcel lo sabrán ustedes. ¿A ver las cartas de seguridad?  
 DIE. Tome usía.  
 CIP. Aquí está la mia. (No me llega la camisa al cuerpo.)  
 COM. (Examinándolas.) Don Diego Tarquinez...  
 DIE. Servidor de usía.  
 COM. Don Cipriano del Párolí...  
 CIP. Respetuoso y humilde súbdito de la policía.  
 COM. Precisamente hace dias que son ustedes dos el objeto principal de mis pesquisas. Estoy bien informado de su vida y milagros. En vano han burlado hasta ahora mi vigilancia no teniendo domicilio fijo, y pasando las noches en tenebrosos garitos.  
 CIP. Yo soy algo aficionado al libro de cuarenta hojas, pero...  
 COM. Ya sé quién es usted. Ya sé que el nombre de don

Cipriano Párolí es supuesto, y que el suyo verdadero es don Ambrosio Malo, sentenciado á presidio en Valencia por fullero hace dos años con el pretendido don Diego Tarquinez, que en otro tiempo se llamaba don Judas Revesino. Verémos ahora si logran ustedes escaparse de la cadena.  
 ANA. (Aparte á don Estéban.) ¡Mira de qué gente vivias rodeado!  
 Est. (Aparte á doña Ana.) Estoy muerto de vergüenza.  
 COM. ¿Tiene usted alguna otra persona extraña oculta en su casa?  
 Est. No, señor. Estos hombres acaban de entrar fugitivos...  
 COM. Lo sé. No obstante, usted no extrañe que en cumplimiento de mi deber haga registrar la casa. (A una seña del Comisario parten á lo interior dos de la ronda. Don Cipriano y don Diego se acercan con misterio al Comisario y le llaman aparte.)  
 CIP. Señor Comisario, yo soy un pícaro de marca mayor; usía lo sabe tan bien como yo: no es tiempo de negarlo; pero mi pobre familia...  
 DIE. Si mi sincero arrepentimiento, y cuarenta onzas...  
 COM. ¿Qué se atreven ustedes á proponerme?  
 DIE. ¡Oh! No es porque yo le crea á usted capaz de... Pero...  
 CIP. Vamos; humánese usted. Media taleguita por el pronto... Sin perjuicio de...  
 COM. ¡Insolentes!.. Yo no soy de esas almas corrompidas que venden al oro su conciencia.  
 CIP. De todos modos los esbirros no nos han de dejar ni cera en los oídos...  
 COM. Si me hablan ustedes una palabra más los mando atar. (Vuelven los dos individuos de la ronda.)  
 UNO DE LA RONDA. A nadie hemos visto.  
 COM. Está bien. Llénenme ustedes á esos hombres á la cárcel de Villa, y digan al alcaide que pronto voy á darle mis órdenes.  
 DIE. (Aparte con don Cipriano al partir.) Nos hemos lucido, señor Párolí!  
 CIP. Eh! No hay que apurarse. Tambien se juega en Ceuta. No nos ha de faltar una baraja turroneira con que buscarnos la vida.

ESCENA XIV.

DON ESTÉBAN, DON JUSTO, EL COMISARIO, DOÑA GERÓNIMA, DOÑA ANA.

COM. Señor don Estéban, me consta que usted tambien juega de algun tiempo á esta parte, y que hoy mismo ha consentido en su casa un indecente garito.  
 Est. Sí, lo confieso; la funesta pasion del juego, que casi me tiene arruinado, me hubiera perdido enteramente á no reunirse para curarme de ella la experiencia, mis propias reflexiones, y sobre todo los prudentes consejos y la generosidad de mi amigo don Justo.  
 Jus. Señor Comisario, yo conozco muy á fondo á don Estéban. Su razon ha podido extraviarse. Tal vez ha sido demasiado débil, pero su corazon no está corrompido. Yo respondo de su enmienda.  
 COM. Me es conocida su honradez, señor don Justo; y cuando así no fuera, me basta que abogue por él un hombre como usted. Me retiro bien persuadido de que el señor don Estéban no me pondrá en la dolorosa precision de ejercer contra su persona las funciones de mi inflexible ministerio.

ESCENA XV.

DON JUSTO, DON ESTÉBAN, DOÑA ANA, DOÑA GERÓNIMA.

EST. Ahora bien, señora. Conformándose mi mujer en llevar con paciencia la pobreza, me parece que no hará usted mucho en imitarla. Ella se desnuda de sus galas: despídase usted también de regalos y iracachelas, inclusa la que disponia para mañana.

GER. ¡Cómo!...

EST. Poco á poco. Despídase usted también del manejo de la casa hasta que aprenda á gastar con economía y con temor de Dios.

GER. Esa es una tiranía.

EST. Si no quiere usted sufrirla, por la puerta se va á la calle. Yo no puedo disponer por ahora más que de catorce reales, y con arreglo á ellos hemos de vivir.

GER. ¡Catorce reales! Para chocolate no alcanzan: ¡Dios mio! ¿Qué va á ser de mí? Tú me quieres echar al hoyo antes de tiempo. ¿Qué diria mi difunto marido si volviese al mundo y me viese reducida á comer potaje de chícharos y patatas con perejil?

EST. Si yo fuera mayordomo de duques que no toman cuentas...

GER. Eres un pícaro de malas entrañas, un inconsiderado, un judío.

EST. ¡ Señora!

GER. Un asesino.

EST. Mire...

GER. Pero... yo me vengaré.—Te acordarás de mí. Ahora mismo voy á escandalizar el barrio diciendo á gritos

que me matas de hambre. ¡ Vecinos!... (Vase gritando.) ANA. ¡ Madre!... Si no la contengo es capaz de afrentarnos.

ESCENA ULTIMA.

DON JUSTO, DON ESTÉBAN.

EST. Pero ¿ ha visto usted una furia semejante?

JUS. Ella se cansará de chillar y obedecerá á la dura necesidad. ¡ Ea, amigo mio; firmeza! No hay que retroceder. Yo soy muy rico, como usted sabe, y pudiera desde este instante asegurar á ustedes una cómoda subsistencia encargándome de cubrir sus deudas. No lo dejo por falta de voluntad, sino porque quiero ver antes si se hace usted digno de mi beneficencia con una conducta irreprochable.

EST. ¡ Ah! No encuentro voces para expresar mi agradecimiento...

JUS. Entre tanto estoy muy contento de las medidas que acaba usted de tomar.

EST. Aún falta la principal, y ahora mismo la voy á poner en ejecucion.

JUS. ¿Cuál es?

EST. Reducir á cenizas cuantas barajas haya en casa, y esa infernal bayeta que tan mal dia me ha dado.

JUS. Bien hecho, don Estéban; y no vuelva usted á saludar á ningun jugador. Huya usted de ellos como de la peste. El que se acompaña con los malos, tarde ó temprano se hace malo también, ó es víctima de ellos. El vicio siempre es vicio por más plausible que nos parezca el móvil que nos arrastra á él; y entre todos los que afligen á la humanidad, ninguno tan pernicioso como el juego.

FIN.

ADVERTENCIA.—Esta, y otras traducciones más ó menos libres, debidas á la pluma de D. Manuel Breton de los Herreros, son las únicas que de las mismas obras se han representado en los teatros de Madrid, y han sido revisadas y corregidas por el traductor, á fin de purgarlas de los errores que contenian las copias.

Los cabezudos ó dos siglos des- pues, t. 1. 2	Los misterios de Paris, primera parte, t. 6 c. 6	No hay miel sin hiel, o. 3. 3	5 Un padre para mi amigo, t. 2. 2
La Calumnia, t. 3. 3	Idem segunda parte, t. 6 c. 6	No mas comedias, o. 3. 3	5 Una broma pesada, t. 2. 2
-Castellana de Lara, t. 3. 2	Los Mosqueteros, t. 6 c. 6	No es oro cuanto reluce, o. 3. 3	7 Un mosquetero de Luis XIII, t. 2. 2
-Cruz de Malta, t. 3. 2	La marquesa de Savannes, t. 3. 2	No hay mal que por bien no ven- ga, o. 1. 4	4 Un día de libertad, t. 3. 3
-Cabeza á pájaros, t. 1. 2	-Mendiga, t. 4. 6	Ni por esas!! o. 3. 3	4 Uno de tantos bribones, t. 3. 3
-Cruz de Santiago ó el magne- tismo, t. 3. a. y p. 2	-noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5. 2	Ni tanto ni tan poco, t. 3. 3	4 Una cura por homeopatía, t. 3. 3
Los Contrastes, t. 1. 2	-Opera y el sermón, t. 2. 3	Ojo y nariz!! o. 1. 3	3 Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3. 3
La conciencia sobre todo, t. 3. 2	-Pomada prodigiosa, t. 1. 2	Olimpia, ó las pasiones, o. 3. 2	3 Un error de ortografía, o. 4. 2
-Cocinera casada, t. 1. 3	Los pecados capitales, Magia, o. 4 9	Otra noche toledana, ó un caba- llero y una señora, t. 1. 2	1 Una conspiración, o. 1. 1
Las camaristas de la Reina, t. 1. 7	-Percances de un carlista, o. 4. 5	Perdices de la vida, t. 4. 2	1 Un casamiento por poder, o. 1. 1
La Corona de Ferrara, t. 1. 3	-Penitentes blancos, t. 2. 5	Perder y ganar un trono, t. 4. 2	4 Una actriz improvisada, o. 1. 2
Las Colegiales de Saint-Cyr, t. 5 2	7 La paqa de Navidad, zarz. o. 4. 5	Paraguas y sombrillas, o. 1. 3	3 Un tio como otro cualquiera, o. 1. 3
La cantinera, o. 1. 1	-Penitencia en el pecado, t. 3. 3	Perder el tiempo, o. 1. 2	2 Un corazon maternal, t. 3. 2
-Cruz de la torre blanca, o. 3. 1	-Posada de la Madona, t. 4. y p. 4	Perder fortuna y pricanza, o. 3. 2	3 Una noche en Venecia, o. 4. 3
-Conquista de Murcia por don Jaime de Aragon, o. 3. 2	Lo primero es lo primero, t. 5. 2	Pobreza no es vileza, o. 4. 3	11 Un viaje á América, t. 3. 2
-Calderona, o. 5. 3	-La pupila y la pendola, t. 1. 2	Pedro el negro, ó los bandidos de la Lorena, t. 3. 2	10 Un hijo en busca de padre, t. 2. 2
-Condesa de Senecy, t. 3. 3	-Prolegida sin saberlo, t. 2. 1	Por no escribirle las señas, t. 1. 3	3 Una estocada, t. 2. 3
-Caza del Rey, t. 1. 2	Los pasteles de Maria Michon, t. 2 4	Perder ganando ó la batalla de damas, t. 3. 2	5 Un matrimonio al vapor, o. 1. 2
-Capilla de San Magin, o. 4. 3	-Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5. 2	Por tener un mismo nombre, o. 4 2	4 Un soldado de Napoleon, t. 2. 4
-Cadena del crimen, t. 3. 3	La Posada de Curruillo, o. 1. 2	Por tenerle compasion, t. 1. 3	2 Un casamiento provisional, t. 1. 2
-Campanilla del diablo, t. 4 y p. Magia. 5	-Perla sevillana, o. 1. 3	Por quinientos florines, t. 4. 3	4 Una audiencia secreta, t. 3. 4
Los celos, t. 3. 3	-Primer escapatoria, t. 2. 2	Papeles, cartas y enredos, t. 2. 3	4 Un quinto y un pábulo, t. 4. 4
Las cartas del Conde-duque, t. 2 1	-Prueba de amor fraternal, t. 2 3	Por ocultar un delito aparecer criminal, o. 2. 1	5 Un mal padre, t. 3. 5
La cuenta del Zapatero, t. 4. 2	-Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5. 3	Percances matrimoniales, o. 3. 3	4 Un marido por el amor de Dios t. 1. 4
-Casa en rifa, t. 1. 2	-Quinta de Verneuil, t. 3. 4	Por casarse! t. 1. 2	3 Un amante ahorrado, t. 2. 3
-Doble caza, t. 1. 2	-Quinta en venta, o. 5. 6	Pero Grullo, zarz. o. 2. 6	6 Una intriga de modistas, t. 1. 6
Los dos Fóscairis, o. 3. 4	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1. 4	Por camino de hierro! o. 1. 3	7 Una mala noche pronto se pasa, t. 1. 7
La dicha por un anillo, y mági- co rey de Lidia, o. 3. Magia. 4	9 Lo que está de Dios, t. 3. 9	Por amar perder un trono, o. 3. 3	6 Un imposible de amor, o. 3. 6
Los desporosios de Inés, o. 3. 3	La Reina Sibila, o. 3. 5	Pecado y penitencia, t. 3. 3	8 Una noche de enredos, o. 1. 8
-Dos cerrageros, t. 3. 2	-Reina Margarita, t. 6 c. 2	Pérdida y hallazgo, o. 1. 5	2 Un marido duplicado, o. 2. 2
Las dos hermanas, t. 2. 3	-Rueda del coquetismo, o. 3. 2	Por un saludo, t. 1. 4	5 Una causa criminal, t. 3. 5
Los dos ladrones, t. 1. 4	-Roca encantada, o. 4. 2	8 Quién será su padre? t. 2. 8	6 Una Reina y su favorito, t. 3. 6
-Dos rivales, o. 3. 2	Los reyes magros, o. 1. 9	15 Quién reirá el último? t. 1. 1	5 Un rapto, t. 3. 5
Las desgracias de la dicha, t. 2. 3	La Rama de encina, t. 3. 8	Querer como no es costumbre, o. 2 5	5 Una encomienda, o. 2. 5
-Dos emperatrices, t. 3. 3	-Saboyana ó la gracia de Dios, t. 4. 4	Quien piensa mal, mal acierta, o. 3. 5	3 Una romantica, o. 1. 3
Los dos ángeles guardianes, t. 4. 1	-Selva del diablo, t. 4. 3	7 Quien á hierro mata... o. 1. 7	6 Un Angel en las boarditas, t. 1. 6
-Dos maridos, t. 1. 3	-Serenata, t. 1. 4	Reinar contra su gusto, t. 3. 4	4 Un enlace desigual, o. 3. 4
La dama en el guarda-ropa, o. 1 2	-Sesentona y la colegiala, o. 4. 3	Rabia de amor!! t. 1. 2	6 Una dicha merecida, o. 1. 6
Los dos condes, o. 3. 2	-Sombra de un amante, t. 1. 2	Roberto Hobart, ó el verdugo del rey, o. 3 a. y p. 5	5 Una crisis ministerial, t. 1. 5
La esclava de su deber, o. 3. 2	-Los soldados del rey de Roma, t. 2 7	Ruel, defensor de los derechos del pueblo, t. 5. 6	4 Una Noche de Máscaras ó. 3. 4
-Fortuna en el trabajo, o. 3. 2	-Templarios, ó la encomienda de Avinion, t. 3. 8	Ricardo ó el negociante, t. 3. 4	3 Un insulto personal ó los dos co- bardes, o. 1. 3
Los falsificadores, t. 3. 3	La taza rota, t. 1. 5	Recuerdos del dos de mayo, ó el ciego de Ceclarin, o. 4. 3	6 Un desengaño á mi edad, o. 1. 6
La feria de Ronda, o. 4. 3	-Tercera dama-duende, t. 3. 4	Rita la española, t. 4. 3	15 Un Poeta, t. 1. 15
-Felicidad en la locura, t. 1. 1	-Toca azul, t. 1. 3	Ruy Lopez-Dábolos, o. 3. 2	9 Un hombre de bien, t. 2. 9
-Favorita, t. 4. 3	Los Trabucadores, o. 5. 9	Ricardo y Carlolina, o. 5. 2	9 Una deuda sagrada, t. 1. 9
-Fineza en el querer, o. 3. 1	-Últimos amores, t. 2. 6	Recuerdos del dos de mayo, ó el ciego de Ceclarin, o. 4. 3	4 Una preocupación, o. 4. 4
Las ferias de Madrid, o. 6 c. 9	La Vida por partida doble, t. 4. 6	Rita la española, t. 4. 3	5 Un embuste y una boda, zarz. o. 2 3
Los Fueros de Cataluña, o. 4. 2	-Viuda de 45 años, t. 1. 3	Ruy Lopez-Dábolos, o. 3. 2	7 Un tio en las Californias, t. 1. 7
La guerra de las mugeres, t. 10 c. 6	-Victima de una vision, t. 1. 4	Ricardo y Carlolina, o. 5. 2	10 Una tarde en Ocaña ó el reser- vado por fuerza, t. 3. 10
-Gaceta de los tribunales, t. 1. 3	-Viva y la disunta, t. 1. 5	Romanelli, ó por amar perder la honra, t. 4. 3	6 Un cambio de parentesco, o. 1. 6
-Gloria de la muger, o. 3. 2	Mauricio ó la favorita, t. 2. 5	Si acabarán los enredos? o. 2. 5	4 Una sospecha, t. 1. 4
-Hija de Cromwel, t. 4. 2	Dias vale tarde que nunca, t. 1. 2	Sin empleo y sin muger, o. 4. 5	4 Un abuelo de cien años y otro de diez y seis, o. 4. 4
-Hija de un bandido, t. 1. 4	Muerto civilmente, t. 1. 2	Santi boniti burati, o. 1. 2	5 Un héroe del Avapiés (parodia de un hombre de Estado) o. 4. 5
-Hija de mi tio, t. 2. 5	Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1. 3	Ser amada por si misma, t. 4. 5	4 Un Caballero y una señora, t. 1. 4
-Hermana del soldado, t. 3. 2	Mi vida por su dicha, t. 3. 1	Sitar y vencer, ó un dia en el Escorial, o. 1. 4	4 Una cadena, t. 3. 4
-Hermana del carretero, t. 3. 2	Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5. 6	Sobresaltos y congojas, o. 3. 7	11 Yo por vos y vos por otro! o. 3. 11
Las huérfanas de Amberes, t. 5 2	Martin y Bamboche ó los amigos de la infancia, t. 9 c. 3	Seis cabezas en un sombrero, t. 1. 5	5 Ya no me caso, o. 4. 5
La hija del regente, t. 5. 3	Mateo el veterano, o. 2. 4	Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1. 4	
Las hijas del Cid ó los infantes de Carrion, o. 3. 2	Marco Tempesta, t. 3. 5	Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1. 3	
La Hija del prisionero, t. 3. 6	Maria de Inglaterra, t. 3. 2	Trapi-andas por bondad, t. 4. 3	
-Herencia de un trono, t. 3. 2	Margarita de York, t. 3. 3	Todos son raptos, zarz. o. 1. 3	
Los hijos del tio Tronera, o. 4. 3	Maria Remont, t. 3. 4	Tia y sobrina, o. 1. 3	
-Hijos de Pedro el grande, t. 2. 3	Mauricio, ó el médico generoso, t. 2. 4	Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 3. 3	
La honra de mi madre, t. 3. 3	Mali, ó la insurreccion, o. 5. 1	Valentina Valentoná, o. 4. 3	
-Hija del abogado, t. 2. 2	Monge Segtar, o. 5. 2	Vicente de Paul, ó los huérfanos del puente de Nuestra Señora, t. 5. a. y p. 3	
-Hija de centinela, t. 1. 3	Miguel Angel, t. 3. 2	Un buen marido! t. 1. 4	
-Herencia de un valiente, t. 2. 2	Meguni, t. 2. 4	Un cuarto con dos camas, t. 4. 1	
Las intrigas de una corte, t. 3. 4	Maria Calderon, o. 4. 2	Un Juan Lanas, t. 1. 2	
La ilusion ministerial, o. 3. 5	Mariana la vivandera, t. 3. 3	Una cabeza de ministro, t. 1. 2	
-Joven y el zapatero, o. 4. 2	Misterios de basidores, segunda parte, zarz. 1. 3	Una Noche á la intemperie, t. 4. 1	
-Juventud del emperador Car- los V, t. 2. 2	Música y versos, ó la casa de huéspedes, o. 1. 2	Un bravo como hay muchos, t. 1. 1	
-Jorobada, t. 4. 1	Mallorca cristiana, por don Sai- me I de Aragon, o. 4. 1	Un Diablillo con faldas, t. 4. 1	
-Ley del embudo, o. 1. 4	Maruja, t. 1. 2	Un Parlante millonario, t. 2. 1	
-Limosna y el perdon, o. 4. 6	Ni ella es ella ni él es él, ó el ca- pitan Mendoza, t. 2. 4	Un Avaro, t. 2. 2	
-Loca, t. 4. 3	No ha de tocarse á la Reina, t. 3. 2	Un Casamiento con la mano iz- quierda, t. 2. 2	
-Loca, ó el castillo de las siete torres, t. 5. 2	Nuestra Sra. de los Avismos, ó el castillo de Villemeuze, t. 5. 3		
-Muger eléctrica, t. 1. 2	Nunca el crimen queda oculto á la justicia de Dios, t. 6 c. 4		
-Modista alferéz, t. 2. 3	Noche y dia de aventuras, ó los galanes de podes, o. 5. 4		
-Mano de Dios, o. 3. 2			
-Moza de meson, o. 3. 5			
-Madre y el niño siguen bien, t. 1. 2			
-Marquesa de Seneterre, t. 3. 3			
Los malos consejos, ó en el pe- cado la penitencia, t. 3. 2			
La muger de un proscrito, t. 3. 3			
Los mosqueteros de la reina, t. 3. 5			
La mano derecha y la mano iz- quierda, t. 4. 3			

### ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las mugeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres. Las letras O y T que acompañan á cada título, significan si es original ó traducida.

En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á don Ignacio Boix y don Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galeria y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama.

Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA calle Mayor.

En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

MADRID: 185.  
 IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,  
 Calle del Duque de Alba, n. 12.

